

Náufrago<sup>1</sup>  
Autobiografía parcial

Autor anónimo  
Editado y comentado por Nicasio Gómez Paredes

<sup>1</sup>El presente texto lo recuperé de un disco duro averiado, que por casualidad llegó a mis manos. Me dedico al armado y reparación de ordenadores. Desconozco la procedencia de este relato. (Nota del Editor.)

*A Roger Pla, in memoriam*

*Después del naufragio sólo quedan palabras rotas flotando en el silencio.*<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup>¿Será esto una tosca tentativa de *ars poetica*? Si así fuese, cuán distantes estaríamos del Estagirita. Desde que el maestro peripatético enunciara sus reglas han corrido ríos de tinta por las plumas de los hombres discretos. ¿Todo este esfuerzo milenario ha sido en vano? Me niego a creerlo. En fin, alberguemos la esperanza, humilde aunque tenaz, de que la literatura remonte su decadencia. Los balbuceos son ininteligibles para quienes hacen un recto uso de su razón. ¿No hay, acaso, un número importante de personas razonables? (Nota del Editor.)

## Botella al mar I

Sería el culmen de mi bienestar si encontrase en este sitio algunos huevos de gallina, pues entonces me prepararía una tortilla de papas como las que solía cocinar mi madre.

YO<sup>3</sup>

A quien leyere:  
Buenos días. Mi nombre no importa. Soy simplemente una persona que ha encallado con su barco en unas costas inhóspitas. A duras penas logré llegar desde la playa a la morada en donde ahora estoy. Después de un tiempo dedicado a curarme las heridas que me produjo el naufragio, me puse a caminar por esta tierra extraña, de la cual ignoro casi todo, incluso si es isla o continente. Hasta el momento no he hallado ningún habitante humano. Sólo encontré una conexión a Internet, de baja velocidad, que me posibilitará comunicarme, supongo, con otros congéneres allende las montañas que por el Poniente limitan esta región.

¿Pero quién genera la electricidad que hace funcionar los artefactos electrónicos que me mantienen conectado a Internet? ¿Quién estableció la conexión? ¿Quién instaló, con bastante idoneidad, este sistema Unix que nunca se cuelga? ¿Quién o quiénes? De fijo que una o más personas viven en la finca. ¿Andarán de viaje?

He decidido emprender mañana una expedición en busca de estos hipotéticos seres. Me internaré en el territorio y me dirigiré hacia el Oeste, en busca del hombre o de la mujer que dejaron este computador con una conexión a Internet funcional. Si doy con uno de ellos, quizás me ayude a reparar la nave para retornar a mi patria.

A efectos de facilitarles la identificación del lugar en el que naufragué a los que me busquen, paso a continuación a describir la casa en la que me alojo.

Edificada sobre un altozano, a corta distancia de la orilla del mar, la vivienda consta de dos plantas. Ha sido construida toda de ladrillos, aun cuando en la región abunda la madera. Está pintada de azul pálido, ya un tanto descolorido por soles y lluvias. Los marcos de sus puertas y ventanas son de ciprés, de color castaño oscuro. Tiene techo a cuatro aguas, de tejas

---

<sup>3</sup>¿Desde cuándo los mensajes de naufrago llevan epígrafe? ¡Qué desatino estilístico! En puridad, yo a este escrito lo denominaría *narración desquiciada*. (Nota del Editor.)

árabes, del que se elevan, casi siempre humeantes, tres chimeneas plateadas. Sus ventanas, desmesuradamente rectangulares, son de guillotina, con postigos de color verde aceituna. Se ingresa a ella por una escalera breve, de cinco peldaños. A la izquierda de ésta, pegado al muro, un poyo de granito ofrece su descanso austero y fugaz. Inmediatamente por debajo del alero de la pared norte hay instalada una antena parabólica.<sup>4</sup> En sus alrededores se encuentran algunas construcciones secundarias, todas ellas de madera sin colorear, destinadas al desarrollo de actividades diversas: taller, invernadero, garaje y leñera.

Saliendo por la puerta de servicio, hacia el Sur, se ve un huerto de dimensiones modestas, pero bien cuidado a pesar de lo riguroso del clima. En su parte delantera el edificio muestra un jardín escueto, con dos araucarias, cinco rosales y un arriate de lirios. Al fondo, lindando con un riachuelo que se desliza entre peñas, sobreviven penosamente tres pinos moteados de líquenes y un sinnúmero de arbustos achaparrados, de los que penden unas bayas rojas de sabor agradable.<sup>5</sup> Hacia el costado derecho, según se entra, se yergue solitaria una bomba de mano para extraer agua. A pocos metros de allí sus moradores han dejado una motosierra colgando de una viga, un hacha encima de un tronco y un par de estéreos de leña apilada contra la pared de un cobertizo. El perímetro del inmueble está cercado por una alambrada. Se accede a él desde el Este, a través de un sendero de losas, flanqueado en su tramo final por una valla de tablas rústicas.

No dudo de que les será sencillo reconocer semejante construcción a quienes hayan salido en mi búsqueda y se encuentren próximos a este paraje.

Pese a que no me es extraña la adversidad, ruego al que leyere este manuscrito me ayude a marchar de aquí. Debo confesarle al lector que mis artes marineras son insuficientes para determinar mi posición geográfica actual. Extravié el cuaderno de bitácora, antes de zozobrar estuve semiinconsciente durante un tiempo impreciso —aunque de seguro fueron más de tres días—,

---

<sup>4</sup>Barrunto que serviría para efectuar la conexión a Internet. Es una lástima que el autor no haya sido más explícito al respecto. (Nota del Editor.)

<sup>5</sup>¿Alusión a la murtilla? Con datos tan exigüos resulta arduo saberlo. La murtilla es un arbusto chileno, de clima frío, que justamente produce unos frutos rojos, de buen sabor. Empero no es tan achaparrado. Alcanza a medir un metro de alto y sus ramas son opuestas. (Nota del Editor.)

y desde que arribé no ha habido en este yermo una noche despejada. Sé con certeza que al enfermarme estaba navegando a la altura de Isla Desolación.<sup>6</sup>

En síntesis y expuesto de distinto modo, que hay problemas que son como la función de Ackermann: comienzan siendo —o pareciendo— insignificantes, pero a poco andar se tornan enormes.

Ahora me cocinaré un guiso de legumbres con carne de conejo silvestre. Está haciendo frío y tengo hambre.

**P.D.:** Mi dirección de correo electrónico es [delta.cefeida@gmail.com](mailto:delta.cefeida@gmail.com). La pongo por si alguien quisiera contactarse conmigo más rápidamente.

---

<sup>6</sup>Hablando con un amigo acerca de este escrito, me comentó que el lugar podría ser una ensenada, conocida modernamente por el nombre de *Caleta Mataura*. No obstante, de acuerdo a lo que he leído al respecto, la caracterización edafoclimática que hace el narrador no se ajusta a la verdadera geografía de esa isla. Por otra parte, ¿cómo es posible que estuviera solo navegando en los confines del mundo? Ni que fuera Vito Dumas con su *Lehg II*. (Nota del Editor.)

## Botella al mar II

A veces la pedantería representa el gesto airado de la razón ante la prepotencia de la chabacanería.

YO<sup>7</sup>

A quien leyere, y en particular a quien respondió mi solicitud de auxilio: Por acá proliferan los conejos silvestres, casi tanto como en Australia. Basta con adentrarse en alguno de los bosquecillos que hay en estos parajes para toparse con ellos. Al principio me fue dificultoso cazarlos; mas pronto, con la destreza que adquirí, logré capturar a muchos sin mayores inconvenientes. La carne de estos animales es magra y dura. Después de varios intentos frustrados he conseguido cocerla adecuadamente, como para que no me resulte desagradable al paladar.

Llueve a raudales durante días y días en esta región del planeta. El viento sopla con constancia de enamorado, o de loco; a toda hora oigo su ulular. A veces nieva. La temperatura atmosférica es bajísima. Por lo que he observado hasta hoy, les aseguro que ver brillar el Sol constituye para mí un fenómeno infrecuente. En el transcurso de un mes de estar varado aquí ha habido tres días enteramente despejados y cinco en los que nuestra lumbrera celeste<sup>8</sup> estuvo visible apenas un par de horas. Me he mojado cientos de veces hasta lo más profundo de mí. Evidentemente no es éste el país de los feacios.

Quizás esta somera descripción del ambiente en el que me encuentro contribuya a agilizar la tarea de quienes anden por este *finis terræ* procurando rescatarme. Siempre he opinado que cualquier indicio, por más baladí que sea, es útil para un investigador avezado.

Anteayer comencé a reparar mi barco. Bueno, es más una expresión de deseos que un hecho efectivo, puesto que todavía no dispongo de todas las herramientas necesarias para hacerlo. Encontré unas tablas que podrían servirme para reemplazar a las que se rompieron al estrellarme contra las rocas. También hallé asfalto en un lago cercano. Por tanto cuento con la mayoría de los elementos requeridos para calafatear la nave. Sin embargo, la bomba de agua se calienta en exceso al trabajar por más de dos horas

---

<sup>7</sup>Este apotegma me recuerda vagamente la prosa de José Ingenieros. Es probable que haya sido inspirado por la lectura de su famoso ensayo *El hombre mediocre*. (Nota del Editor.)

<sup>8</sup>En esta metáfora me parece oír un eco lejano de Homero y Virgilio. (Nota del Editor.)

seguidas. Estoy pensando en desarmarla. Sólo después de hacer esto arreglaré el casco y calafatearé. Además, sospecho que al reventarse el pañol el único serrucho que llevaba a bordo fue a parar a la sentina. En tal caso tendré que bajar hasta allí a buscarlo.

Deambulando por cuartos y pasillos tropecé, literalmente, con una minúscula biblioteca. Contenía una veintena de títulos, todos perfectamente acomodados en un mueble de madera de notro. «¡Libros!», exclamé, sobresaltándome al oír mi propia voz. Si bien lo más que había allí era morralla literaria —o filosófica, conforme se mire—, dos obras conspicuas llamaron mi atención: *The Art of Computer Programming* y *Principia Mathematica*.<sup>9</sup>

En el margen derecho de la página tres de los *Principia* alguien había manuscrito una frase de implicancias insospechadas: «*La principal fuente de nuestras desdichas radica en anhelar lo que no existe*». <sup>10</sup>

Mientras cenaba me llegó el mensaje<sup>11</sup> de una mujer, que según parece también naufragó en una costa lejana. Me pide que la auxilie. Está paralizada por el accidente. ¿Deberé, acaso, enseñarle el arte de la navegación marítima? ¿Sabrá ella que singular supone saber naufragar? ¿Asumiré sin espantarse que siempre, absolutamente siempre, hay un último naufragio, irrevocable y feroz? Tal vez obtenga las respuestas a estos interrogantes de perfiles nietzscheanos si consigo recomponer mi nave.

El suministro de energía eléctrica no se ha interrumpido. Tampoco la conexión a Internet ha dejado de estar operativa. Hasta ahora no he visto ser viviente alguno, excepto aves costeras sobrevolando las marismas y conejos agazapados en sus madrigueras. El misterio permanece sin resolver.

Había postergado por unos días mi decisión de salir en busca de otros seres humanos. Creí conveniente refaccionar el barco antes de iniciar cualquier otra labor, en particular su bomba de agua. Si el tiempo inclemente

<sup>9</sup>Nombre completo: *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*. (Nota del Editor.)

<sup>10</sup>A renglón seguido, en el original, viene una oración que el autor —presumo— no deseaba que se publicase, ya que está *comentada* mediante el carácter %. (Tenga presente el lector que el texto fue escrito en L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X.) Es ésta:

% La firma era ilegible, la data consistía en una fecha borrosa y en un topónimo  
% que no me sonaba indiferente: Última Esperanza.

No yerran los que infieren de estos párrafos que el protagonista siguió, aunque parcialmente, el itinerario de Julius Popper en sus andanzas meridionales. *Si bien el pintoresco rumano falleció en Buenos Aires a causa de un infarto cardíaco*, añade mi amigo con una pizca de sorna. (Nota del Editor.)

<sup>11</sup>Colegimos que se está refiriendo a una comunicación por correo electrónico. (Nota de Editor.)

lo permite, mañana caminaré siguiendo el tendido de la red eléctrica. Algún otro lugar poblado debe de haber, pienso yo. Tiene que existir otro sitio habitado, aunque sea por un afligido náufrago en situación parecida a la mía.

Ya es hora de echar mi mensaje al mar. Por fortuna descubrí en estos andurriales arcilla suficiente como para elaborar centenares de vasijas de-formes, que pueden hacer las veces de botellas. (A pasos de la cerca hay un horno de barro —de éstos en forma de iglú o domo—. En él cuezo estos cacharros que moldeo sólo con las manos, ya que hasta donde sé no hay por acá un torno de alfarero.)<sup>12</sup>

Con todo, viéndolo objetivamente, no creo que requiera de tantos envases para despachar mis cartas. Confío en que antes de agotar la provisión de botellas habré arreglado mi embarcación y me habré marchado para siempre de este páramo.

En fin, si lees mi epístola, náufraga ignota, alégrate, pues es señal de que hay otro ser, distante y a la vez cercano, que también encalló su nave y está luchando por subsistir al igual que tú. Somos dos en orillas opuestas de Pangea; frente a nosotros se extiende Panthalassa, el vasto y único océano que a la vez nos une y nos separa. (Espero que sepas disculpar mi imprevista metáfora.)

**P.D.: Aviso para navegantes noveles:** Les regalo esta brevísima guía de marear, producto de mis introspecciones.

1. En caso de haberse extraviado o roto la brújula, se puede improvisar una con un trocito de alambre acerado (aguja de coser o alfiler, por ejemplo). Se frota rápidamente la aguja con un paño; después se la coloca en una poza de agua, de modo que flote en

---

<sup>12</sup>Ingente trabajo tendría el náufrago, opina mi amigo. Sin duda que ocuparía una parte considerable de su jornada en hacer de la arcilla en bruto una materia prima apta para modelar y cocer. Entre extraer el barro arcilloso, secarlo, lavarlo repetidas veces y amasarlo, pasarían días. ¿Y qué materia emplearía como desengrasante? ¿Huesos? ¿Conchas? ¿Hierbas? ¿Arena? Sobre este punto el relato de nuestro hombre no nos dice nada. (Nota del Editor.)

ella. Al estar imantada se orientará en dirección Norte-Sur.<sup>13</sup> Si sois ingeniosos y perseverantes alcanzaréis vuestras metas.

2. El idealismo es una forma de negar la realidad que suele terminar en tragedia. La ciencia os hará libres y la tecnología burgueses satisfechos. Por ende, jovencitos,<sup>14</sup> si aspiráis a ser felices estudiad ciencias o ingeniería.
3. Si no queréis veros comprometidos en situaciones absurdas o si no deseáis acabar atrapados en antiguas aporías, nunca preguntéis *por qué* sino *cómo*. Ateneros a esta sencilla regla epistemológica y os garantizo que llegaréis a tener certezas razonables con respecto a la realidad y su funcionamiento.
4. Ser neutral importa forzosamente estar a favor del que engaña o del que es más fuerte. La neutralidad es una complicidad vergonzante. Siempre tomad partido.

Hice estas disquisiciones teniendo en mente que hay muchas personas que por haber naufragado o perdido el rumbo son infelices. Erigir faros es una tarea positiva.

---

<sup>13</sup>Todo muy didáctico, ¿pero cómo se hace para discernir el sentido?

Reconozco, sin embargo, que es más fiable este método que otros de mayor popularidad. *Verbi gratia*: el que consiste en usar un arco de circunferencia, trazado por la sombra de un gnomon en diferentes momentos del día, es inaplicable en zonas donde predomina el mal tiempo. (Nota del Editor.)

<sup>14</sup>¿Acaso únicamente los varones pueden cursar una carrera científica o ingenieril? ¿Estamos frente a un error de estilo o ante un vestigio de machismo literario? (Nota del Editor.)

## Botella al mar III

Aunque en la casa hay una cama matrimonial y dos literas, duermo en el entarimado. Al principio me incomodó la dureza de sus tablas de raulí, mas con el paso de las semanas me habitué a ella. En cuanto retorne a mi hogar yaceré sobre mi lecho, plácidamente, durante todo el tiempo que me apetezca.

Es mejor cumplir con una obligación que ejercer un derecho, pues con esto demostramos —de manera indubitable— ser éticamente solventes.

YO

**A** quien leyere este mensaje, y en especial a una mujer que naufragó en una costa lejana:

Ha transcurrido una semana desde que me resolví a buscar la fuente del fluido eléctrico que hace funcionar los artefactos que hay por aquí. (Me atraía la esperanza de hallar algún ser humano mediante la localización de ese generador.) No obstante, debido a lo maltrecho que tenía mi cuerpo por la caída que sufrí cuando regresaba de mi expedición, me ha sido imposible hacer algo de provecho hasta hoy.

Tal como lo había planeado inicialmente, caminé siguiendo el tendido de la red eléctrica. A pesar de la gélida cellisca y de lo abrupto que resultó ser el camino, hacia el mediodía llevaba recorridos unos cinco kilómetros. Bastante trecho si se tiene en cuenta que, además de ser terreno escabroso, a poco de empezada la marcha se desató una tormenta de aguanieve. A duras penas pude sortear el vendaval con mi capote marinerero. Para colmo de males, no hallé ni una mísera gruta en todo ese trayecto. A diferencia del lado sur, en donde abundan los bosquecillos, en este sector tan sólo encontré cascajales interminables y cerros empinados, en cuyas laderas crecen unos arbustos espinosos.

A media tarde, cuando ya me había resuelto a retornar a la playa, di con un salto de agua de unos siete metros de altura. Estaba ubicado en una zona boscosa, en la que predominaban los cipreses y los alerces.<sup>15</sup> Más allá de un campo de zarzaparrillas se veía un puente colgante, hecho de tablas y cables

---

<sup>15</sup>Creo entender que en su afán por contribuir en algún grado a la preservación de la flora nativa, el náufrago no se valió de la *estopa de alerce* para calafatear su embarcación. Las más de las veces el influjo que ejerce el medio cultural sobre el individuo es poderosísimo. En el caso que nos ocupa esto se manifiesta paladinamente. Ya no me caben dudas de que la *geotermia* es una creencia políticamente correcta que cunde por el orbe contemporáneo cual pandemia apocalíptica. (Nota del Editor.)

de acero. El río que originaba la caída de agua corría en dirección transversal al sendero por el que yo iba. Una niebla pegajosa ascendía desde el pequeño precipicio y semiocultaba los troncos de los árboles. Por un instante me sobrecogió el estruendo de la corriente al chocar contra el fondo del cauce.<sup>16</sup>

Puesto de pie sobre un montículo al borde de la cascada, alcancé a divisar un edificio de gran porte, que por sus características parecía ser una planta generadora de electricidad. Era una construcción de apariencia antigua —con un aire fabril y levemente sórdido—, como las que se estilieron en las primeras décadas del siglo pasado. Tenía tres chimeneas cilíndricas, de ladrillos rojizos, que lanzaban un humo negro y juguetón. Sentí deseos de arrimarme a ellas para calentarme. Pero, pese a mis ganas, debí volverme: estaba anocheciendo y un viento proveniente del Norte, cada vez más intenso, presagiaba tempestad para esa noche.

En el camino de regreso resbalé por una pendiente. Marchaba absorto, sin prestar atención a los accidentes del terreno, cavilando acerca de mi reciente hallazgo. Me preocupaba la contaminación ambiental que quizás estuviese ocasionando la central térmica. Sin embargo, más me extrañaba que los ecologistas, esos seres agobiados por la humanidad y el progreso, todavía no hubiesen sido alertados respecto al foco de polución que acababa de descubrir. A lo mejor de esta manera indirecta hallaría yo algún congénere que me socorriese, pensaba. Entretenido como iba, con mis razonamientos y con mis ilusiones, no vi frente a mí una gruesa raíz de alerce que sobresalía del suelo ostensiblemente. El traspíe sólo me causó algunos rasguños en las piernas y la rotura del capote. «*Deberé ingeniármelas para coserlo, está muy raído*», me dije a mí mismo mientras retomaba la ruta jadeando. (Ya de vuelta en la casa me percaté de que las consecuencias de mi caída eran más graves de lo que había calculado.)

<sup>16</sup>Según un amigo, este pasaje presenta reminiscencias de Livingstone. No es descabellado sospechar, insinúa, que el náufrago haya leído las obras del explorador escocés. Yo, en cambio, creo distinguir en él algunas huellas claras de los *Comentarios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Me parece que basta con cotejar el texto precedente con éste otro del Adelantado y Gobernador para zanjar la controversia sin mayores esfuerzos.

«*Y yendo por el dicho río de Iguazú abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que muy lejos se oye.*»

Es altamente probable que nuestro escritor haya leído en su temprana juventud esta relación, bastante popular en determinados ámbitos escolares hispanoamericanos. (Nota del Editor.)

A eso de las once de la noche arribé a mi puesto de náufrago en la playa. Todo se encontraba en orden, tal como yo lo había dejado en la mañana. Solamente la techumbre de un recinto que usan para guardar leña se había desclavado y amenazaba volarse en cualquier momento. La afiancé con unas piedras. Después me guarecí en mi hogar provisional. Me dolía sobremedida la pierna lastimada, tenía hambre, me sentía exhausto y alentaba la esperanza de que mi colega en naufragios se hubiera comunicado conmigo.

Me quité prestamente mis ropas mojadas. Estaba transido de frío. En la cómoda de un dormitorio hallé una muda limpia, planchada con esmero. Hice fuego y me curé la herida. Acto seguido, con más calma, calenté en una cazuela algunas tajadas de conejo que habían quedado guisadas del día anterior. Puse encima de la cocina económica dos gordas hogazas de pan viejo y me preparé un mate amargo. Afuera el temporal arreciaba.

El computador seguía encendido, como si alguien recién hubiese acabado de usarlo. Pensé: «*si estuviera mi hijo, se pondría a jugar al Quake; si estuviera mi esposa, se pondría a chatear; si estuviera mi otro yo, se pondría a programar o a leer algún artículo sobre informática o astrofísica*». Pero estaba yo solo, el náufrago de la vida —o el otro, como diría Borges—, y ése, para sentirse cabalmente él mismo, no necesitaba más que partir de ese país desolado.

La desconocida que naufragó en una costa lejana me había enviado un mensaje. Su contenido parecía ser una paradoja o una burla impersonal tejida por las circunstancias: me confesaba que quería pasear conmigo por estos andurriales y comer conejo, que el sitio en donde naufragó estaba degradado por la actividad industrial, que no vivía la vida sino que pasaba por ella como un turista transita por lugares que convidan a quedarse para siempre. Y a la vez esta mujer me invitaba a gozar de días soleados y de una comida sabrosa, la que tomaríamos bajo un árbol extravagante, al que ella había bautizado con el nombre de *calamar*. Todo ello a cambio de que fuera a rescatarla de su naufragio.

Sobreponiéndome a las molestias de mi pierna malherida, esa misma noche decidí que al día siguiente finalizaría la reparación de mi barco. Por ningún motivo consideraba dilatar más mi partida, ni siquiera por satisfacer mi terca curiosidad. No cabía poner reparos a una propuesta tan tentadora. Alguien me instaba a socorrerlo... y me ofrecía una cena apetitosa. Asimismo, en esa noche de impresiones variopintas me forjé la convicción de

que no existen paraísos, como así tampoco infiernos. Ahí estaban, como para señalarlo sin ambages, la mujer que naufragó en una metrópolis, la casa del páramo —habitable pero pertinazmente deshabitada— y yo, un naufrago con su vida puesta entre paréntesis. Era obvio que tamaño cúmulo de incongruencias impedía la materialización de cualquier sueño maniqueísta.<sup>17</sup>

¿Claudicar? ¡Jamás! Sólo se claudica ante la verdad.

---

<sup>17</sup>Pereza y desidia se llaman las madres putativas de incontables clasificaciones dicotómicas. Empero la madre carnal de estos engendros mentales es la necesidad. (Nota del Editor.)

## Botella al mar IV

Por naturaleza propendemos a ser dualistas, teleologistas y causalistas a rajatabla. Si no refrenamos esta tendencia atávica, nuestra razón pronto comienza a flaquear. Entonces la realidad se nos desvanece, se nos vuelve «mágica». Con todo, más allá del ámbito de las creencias —es decir, más allá de una defensa numantina de la irracionalidad— las estrellas no lloran, brillan. (En rigor, ni siquiera ocurre esto último, si para escrutarlas se usa un telescopio con sistema de óptica adaptativa.)

YO<sup>18</sup>

A quien leyere este mensaje, y en particular a esa mujer que naufragó en una playa lejana:

Terminé de refaccionar mi barco; no obstante, aún no he partido. Diluvia desde hace cinco días.

A poco de concluir mi trabajo se desencadenó una recia tormenta. Desde entonces no ha cesado de llover. La ventisca, que a ratos sopla con violencia inusitada, ha arrancado de cuajo varios árboles de los alrededores. También el techo del cobertizo que yo aseguré con piedras se ha volado por completo. Empieza a faltar la leña seca y la carne de conejo ya es sólo un grato recuerdo para mí. (Deberé recurrir a la provisión de pescado ahumado que encontré ayer si quiero mantener una dieta equilibrada.)

La herida de mi pierna está cicatrizando bien. Ya no hay riesgo de infección. Yo mismo me la suturé, valiéndome de mis limitados conocimientos de enfermería. Dolió bastante, mas con esta aflicción pasajera logré evitar males mayores. Experimento una honda satisfacción al verificar ahora que lo hice correctamente.

Me sigo preguntando acerca del edificio de aspecto vetusto, en todo semejante a una usina eléctrica, que hace unas semanas descubrí en mi viaje de exploración. ¿Quiénes lo levantaron? ¿Cómo alimentan sus calderas? ¿De dónde traen el combustible? ¿Generan allí la electricidad que abastece a la casa? ¿Viven en estos parajes sus operarios? Aún no poseo información suficiente como para arriesgar una hipótesis que explique esto.

---

<sup>18</sup>Aquí el autor cometió un *lapsus calami*. Del contexto se desprende que corresponde emplear *titilan* en vez de *brillan*. Estos telescopios eliminan —entre otras aberraciones ópticas— el *parpadeo* de los astros, fenómeno que tiene su génesis en la turbulencia atmosférica. (Nota del Editor.)

Estuve haciendo inventario de los suministros con que cuento. Si la vivienda en donde estoy refugiado no tiene alguna despensa recóndita, cuya secreta ubicación todavía me quede por develar, de seguro que comeré lentejas y papas durante siete meses por lo menos.

Adosado a la pared sur de esta construcción hay un recinto en donde sus invisibles habitantes han almacenado tres sacos de papas y medio quintal de lentejas secas. Además, hallé colgando de una viga dos ristras de cebollas y diecisiete pescados ahumados. Siempre reconforta saber que se dispondrá de proteínas de origen animal para enfrentar una catástrofe.

Con tal cantidad de víveres y la galleta marinera que traje del barco tengo comida suficiente hasta cuando me encuentre con la dama que naufragó. A más de esto, como salvé del naufragio un barril de yerba mate, podré tomarme de vez en cuando unos regios *cimarrones*<sup>19</sup> para calentar el cuerpo.

Sigue habiendo electricidad y el computador a prueba de cuelgues continúa funcionando. Sin embargo, no he recibido ningún mensaje de la mujer que naufragó en una costa lejana. Le remití un manuscrito hace once días. Parece que se extravió en alta mar.

Desde la ventana que da a la ribera alcanzo a ver confusamente mi embarcación. Ni las borrascas ni el oleaje la han movido, menos escorado: ahí está, como detenida en el tiempo, a la espera de un capitán experto.

Paso los días planeando el modo de abandonar este mundo inhospitalario, e indefectiblemente, una y otra vez, arribo a la misma conclusión: necesito un par de coordenadas.

Si escampase por unas horas podría salir a cazar unos conejos y traer del barco algunos objetos de primera necesidad. ¡Cuánto añoro el sabor de la carne! Aun cuando ésta fuere de conejo silvestre. (La carne de pescado no es para mí un sustituto idóneo.) También echo en falta otras cosas, pero me conviene no pensar en ellas, pues sólo contribuiría a hacer más vehemente mi anhelo de poseerlas.

En estos días de temporal he tenido oportunidad de reflexionar con respecto a lo insólito, por decir lo menos, de mi situación. A causa de una mala maniobra vine a dar con mi nave a este sitio, que no sé si es isla o continente,

---

<sup>19</sup>El individuo este debió de haber sido uruguayo o argentino. En la zona del Río de la Plata al mate amargo se le llama *cimarrón*. Uso un tiempo del pretérito porque es prácticamente imposible que haya sobrevivido a tanto infortunio. (Nota del Editor.)

y en donde siempre llueve.<sup>20</sup> Encontré esta casa, con energía eléctrica, conexión a Internet y alimentos, tal como si sus habitantes la hubiesen dejado hace unas pocas horas, quizás con la intención de ir a hacer un trámite a un poblado cercano y regresar a ella antes del crepúsculo. No obstante, las semanas transcurren sin que aparezcan por aquí sus presuntos moradores. Hasta la playa donde encallé llega una corriente marina fría que arrastra cuanto elemento se le arroje, con preferencia mis cartas embotelladas. La conexión a Internet permite recibir mensajes, mas no enviarlos. Finalmente, está la mujer que naufragó en una costa lejana. ¿Cómo logró contactarse conmigo? ¿Quién es ella en realidad? Se llama como una compañera de estudios, que alguna vez —ya ni me acuerdo cuándo— amé con locura. Mera coincidencia, conjeturo: mis antiguas condiscípulas jamás habrían naufragado. En verdad que todo esto a veces me asusta. Tamaña acumulación de fenómenos inconexos me hace temer que esté enloqueciendo.

Pero aparte de las suspicacias referidas a mi cordura existe otro tema particularmente delicado, que me despierta un vivo interés, igual o superior al que me provocan mis aprensiones primeras. Una corresponsal inesperada solicita mi ayuda. Según las noticias que recibí de esa persona, se trata de alguien que naufragó en forma traumática. Acaso esté muy lesionada, aunque no de muerte. Su situación es preocupante; con todo, si consigue resistir a los primeros días de naufragio, de fijo que estará a salvo.

En estos casos es requisito *sine qua non* —valga el pleonasma— atenerse a un procedimiento básico de supervivencia, puesto que los fuertes sentimientos de inseguridad que embargan a la víctima del desastre pueden conducirla a su perdición. Alguien inseguro resulta ser fácil presa de las sirenas. Sólo la razón es capaz de impedir que se rinda a los cantos embelesantes de estos entes numinosos.

El náufrago debe consolidar su refugio durante los momentos iniciales —armar el campamento base— y debe animarse a sí mismo pensando que después del naufragio viene el salvamento o la vuelta al terruño. Incluso

---

<sup>20</sup>Posteriores indagaciones que hice en torno a esta cuestión geográfica me predisponen a sostener la tesis de que tal vez el lugar fuera la *Isla del Ángel*. Un oficial español de la armada de Francis Drake relata en sus *Memorias australes* el descubrimiento de una *ínsula* —«edén pluvioso y helado, sempiternamente regido por Eolo»—, que se situaría por esas latitudes y a la que bautizaron así por razones actualmente desconocidas. El islote de marras desapareció de las cartas náuticas a mediados del siglo XVIII. Adelantándome a eventuales aristarcos, aclaro que no me estoy refiriendo al *Banco Pactolus*. (Nota del Editor.)

mediando un tiempo largo entre uno y otro evento no debe olvidar esta idea optimista. El naufragio es como un extremo de la vida, el otro extremo —tal como si fuese un cordel que mengua con el vivir— es el rescate. Entretanto es preciso cobijarse, ponerse a resguardo de la intemperie... encontrar la ribera en donde Nausícaa<sup>21</sup> y sus doncellas lavan la ropa. La intemperie suele ser el supremo enemigo de los náufragos. (El mejor antídoto contra la intemperie es construirse una casa por cuya puerta se pueda entrar de pie.)

Pero atención: aquí se esconde una añagaza más sugestiva que la mismísima Circe. Me refiero a la asechanza formidable que unos llaman romanticismo y otros humanismo, denominación esta última más abarcadora y engañosa si cabe. En cualquier caso, la probabilidad de sucumbir al ardid es extremadamente alta, puesto que se bastardea, mediante notas de singularidad especieísta, nuestra naturaleza y, en consecuencia, se nos adjudican necesidades espurias. Así es como se nos encubre nuestro carácter de seres aislados, nacidos huérfanos y expuestos a una intemperie intransferible, y se nos arroja en un gregarismo ovejuno, que nos convierte en eunucos existenciales a perpetuidad. El que desee sobrevivir al naufragio deberá saber —y no olvidar jamás— un concepto primordial: somos solitarios intermitentes. En otras palabras, nos juntamos para aparearnos o buscar alimentos, y cuando nos sentimos satisfechos jugamos a trascender nuestra condición biológica. Con que no perdamos de vista la índole exclusivamente lúdica que conlleva esta plenitud será suficiente para garantizarnos una *aurea mediocritas* en el páramo, más allá de esporádicos ramalazos de inseguridad que a la postre nos tonifican.

<sup>21</sup>Confieso que no pude sustraerme al prurito de estampar aquí algunos de los hexámetros en los que el incierto Homero canta el encuentro del náufrago Ulises con la princesa Nausícaa.

Σμερδαλέος δ' αὐτῆσι φάνη, κεκακωμένος ἄλμη ·  
 τρέσσαν δ' ἄλλυδις ἄλλη ἐπ' ἠϊόνας προεχούσας ·  
 οἷη δ' Ἀλκινόου θυγάτηρ μένε · τῆ γὰρ Αθῆνη  
 θάρσος ἐνὶ φρεσὶ θῆκε, καὶ ἐκ δέος εἴλετο γυίων  
 Στῆ δ' ἅντα σχομένη · ὁ δὲ μερμήριζεν Ὀδυσσεύς,  
 ἧ γούνων λίσσοιτο λαβῶν εὐώπιδα κόρυρη,  
 ἧ αὐτως ἐπέεσσιν ἀποσταδᾶ μείλιχίσιον.

Para los poco avisados: *Odisea*, VI, vv. 137-143. No sea que algún tunante reclame derechos de autor u otra zarandaja del mismo jaez. (Si esta fauna de usufructuarios del intelecto hubiese vivido en época del bardo de siete ciudades, posiblemente hoy no disfrutaríamos de poesía épica. ¡Ni siquiera habrían florecido los rapsodas!) (Nota del Editor.)

Yo, como sobreviviente de numerosos naufragios, puedo aseverar enfáticamente que es así en la mayoría de los casos.

Espero que estos consejos míos, avalados por mi propia experiencia, te sean provechosos, náufraga de la otra orilla.

¿Cuándo cesará de llover?

## Coda

La vejez, combinada con la soledad, induce en ciertos individuos un estado psicológico que se asemeja mucho al que se experimenta durante el lento consumirse de las ciudades sitiadas. Por lo que se sabe al respecto, los habitantes de estas poblaciones —condenados a una muerte segura en un lapso indefinido— perciben que el tiempo obra sobre ellos como un agente material que los va desgastando paulatina e inexorablemente, y que a la vez se desgasta a sí mismo en virtud de su naturaleza fungible. En tal coyuntura estos seres humanos son como estatuas dotadas de vida, Pigmiones conscientes, tanto del deterioro que les produce el paso de los años como de su aislamiento fatal. Compelidos a ser espectadores de su propia ruina, el persistente asedio les permite sentir que el tiempo los carcome, los reviene gradualmente, a la par que les convence de que continuarán separados del resto de sus congéneres hasta el fin de sus vidas; es decir, el entorno los vuelve sistemas conscientes de su entropía. Algo así les sucede a algunos ancianos que viven solos. Doloroso privilegio el de estos seres. ¡El sitio de Leningrado<sup>22</sup> sentido por un viejo decrepito!<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup>En la actualidad, la heroica ciudad a orillas del río Neva se llama *San Petersburgo*, como otrora, antes de la Gran Guerra. (Nota del Editor.)

<sup>23</sup>Me parece pertinente destacar aquí un hecho a todas luces rarísimo: este párrafo pertenece a mi libro *Disquisiciones acerca de la entalpía de los sistemas abiertos*. Es un ensayo de juventud, que casi tenía arrumbado. ¡Hace lustros que lo escribí! Además, esta *Coda* constituye una interpolación flagrante. Únicamente hilando muy fino sería dable detectar un remoto nexo con el texto que la antecede. Me temo que un tercero la ha introducido subrepticamente a fin de perjudicarme. (Las hienas y los buitres están atentos a cualquier signo de debilidad.)

Recordemos que:

$$E = tei + (v.pe);$$

siendo  $E$  = entalpía;  $tei$  = total de energía interna;  $v$  = volumen; y  $pe$  = presión exterior.

Disculpado que en vez de la notación estándar haya empleado una *ad hoc*. En el transcurso de la última década mucho de lo aprendido se me ha borrado de la memoria. (Nota del Editor.)

## Botella al mar V

Ya nadie vive en el 221B de *Baker Street*.

DE *Volviendo a Sherlock*, anónimo

A quien descifrare esta misiva, y —si ello fuere posible— a la dama de la otra orilla:

Sentado a una mesa, con un tazón de mate cocido entre las manos, observo caer la lluvia tras los cristales. Delante de mí están las cuartillas vírgenes, las que pronto contendrán el próximo mensaje que remitiré a algún desconocido que habite en la costa opuesta de Pangea. De vez en cuando una repentina ráfaga de aire hace crujir la ventana. Me cuesta concentrarme. El viento gime lastimeramente en las chimeneas de las estufas. A veces, en especial cuando me distraigo de mis quehaceres cotidianos evocando acontecimientos de antaño, me atemoriza su ulular. Pese al luengo<sup>24</sup> tiempo que llevo anclado aquí, todavía no me acostumbro a este sonido. Hay hábitos que son difíciles de adquirir.

Paso a contaros sucintamente mis principales vivencias desde que os envié mi anterior *epístola marítima*. Mas antes corresponde que os haga una concisa aclaración.

Soy un náufrago, como bien sabéis. Pero no por esto debo comportarme como si fuese un patán. Asimismo tal estado no obsta para que cuide del idioma. En consecuencia encontraréis en mi relato de hoy ciertos vocablos y giros desusados hogaño, empero correctísimos desde una perspectiva estrictamente lingüística. Si la *resucitación verbal* que se está promoviendo desde algunos distinguidos círculos intelectuales representa un esfuerzo sincero por salvar del olvido un puñado de voces, entonces no os escandalicéis por mi actitud. El modo más eficaz de apadrinar una palabra es usándola, aun corriendo el albur de ser condenado al ostracismo literario por ello.<sup>25</sup>

<sup>24</sup>Arcaísmo de uso frecuente en diversas regiones de la América castellanohablante. (Nota del Editor.)

<sup>25</sup>Empresa que hasta la fecha se ha demostrado inviable. Ya lo manifestó Horacio en su *Epístola a los Pisones* (vv. 60-62): «*Así como los árboles mudan la hoja al morir el año. . . así también perecen con el tiempo las palabras antiguas. . .*».

El fragmento original, en la lengua del Lacio, reza de esta forma:

*Ut silvae foliis promos mutantur in annos,  
Prima cadunt, ita verborum vetus interit aetas  
Et iuvenum ritu florent modo nata vigentque.*

Espero, lectores incógnitos, que no os enfadéis por esta digresión filológica. Sin duda fue motivada por una causa noble.

Se me había terminado la carne de conejo, y la leña seca —combustible básico para cocinar y calefaccionarse— estaba por agotarse también. El vigor de la tempestad aminoraba de a ratos. Además, como para reforzar esta señal de apaciguamiento del meteoro, unas aves dentirrostras habían aparecido de improviso durante las últimas horas. Fenómeno que, según leí en un ajado volumen que hallé en la librería, auguraba buen tiempo. En verdad que semejante aserción poseía más visos de conseja que de conocimiento empírico. Pero era ingenua y, probablemente, tuviera un saludable efecto placebo sobre los lugareños ignaros. La creencia más difundida, y tal vez la más peligrosa, es la de aquellos que creen que tienen que creer en algo. Mas éste no era el caso.

Aprovechando un momento en que la intensidad del temporal parecía decrecer, salí de mi morada con rumbo al monte más cercano. Tenía la intención de capturar unos conejos y, de regreso, darme una vuelta por mi barco con el propósito de recoger unas vituallas. Con paso firme y veloz anduve las cinco cuadras que mediaban entre mi residencia y el oquedal. Una llovizna tenue, que de súbito se precipitaba en forma de diminutos copos de nieve, comenzó a golpearme insistentemente el rostro cuando apenas había alcanzado el primer calvero.

La vista de una cáfila de conejos atravesando a toda carrera un claro del bosque avivó mis expectativas de caza. Me interné en la espesura sin dilación, recorrí un trecho largo, en zigzag, sorteando numerosos obstáculos, hasta dar con un sitio apropiado para mis fines. Tendí entonces mis trampas con diligencia y me senté detrás de un matorral a aguardar pacientemente los resultados. Al cabo de unas horas, que para mí pasaron casi sin percatarme, pues me había concentrado en la lectura de un libro, partí a examinar el terreno en donde tenía puestos mis lazos. De hecho, fui un hombre venturoso ese día. Había capturado veintitrés piezas, entre conejos y gazapos.

De repente oí un ruido sordo, que procedía de las entrañas de la Tierra, e instantes después el suelo empezó a moverse debajo de mis pies. Corrí hacia un lugar libre de vegetación. Estuve a punto de sufrir un esguince de tobillo cuando en mi fuga pisé accidentalmente un vivar oculto por la

---

Lo cual evidencia que el Venusino era, aparte de poeta eminente, una persona sensata. (Nota del Editor.)

maleza. Al fin, recostado sobre un peñasco musgoso, a cielo descubierto y con el morral colgándome del cuello, descansé un rato. A poco ya me había repuesto medianamente del susto.

Estimando estos percances en su justa medida, opté por retornar a mi albergue, previo paso por la nave. La caza había sido copiosa y el aspecto del cielo denotaba que el mal tiempo se acentuaría en las horas siguientes. No valía la pena aventurarme a soportar males innecesarios. Tanto la tectónica de placas como la atmósfera terrestre eran realidades que por ninguna circunstancia me convenía soslayar.

En la playa, hacia el septentrión, se divisaba el pecio de lo que fuera una barcaza de factura artesanal. Olas impetuosas, de tamaño considerable, forcejeaban con su casco desbaratado. Algunas tablas alabeadas sobrenadaban torpemente entre las rocas del arrecife. Su color amarillo resaltaba de manera peculiar de entre la espuma y los cochayuyos verdosos. Restos de aparejos de pesca y barriles desportillados flotaban por doquier. Un cajón de tasajo se había volcado sobre la arena; algunos trozos de carne cochambrosa yacían desparramados en derredor de un perro muerto. Las continuas rachas de aire esparcían vahos salobres y fétidos. Unos cormoranes revoloteaban a baja altura, otros se balanceaban nerviosamente sobre los pedazos del bastimento. Miré en dirección a donde estaba mi nave, temiendo que la marejada la hubiese hecho encallar. Sin embargo, la vi intacta, bamboleándose a impulsos del viento y del fuerte oleaje.

Dejé amarrada a una peña mi ristra de conejos recién cazados (el zurrón en el que los transportaba se me había desfondado con el peso de los años en un recodo del camino). No fuera que por una imprudencia malograra el fruto de mis desvelos cinegéticos. Me desvestí, guardé mi hato en una cueva alejada del mar ensoberbecido y emprendí resuelto la temeraria tarea de abordar mi bajel. Carecía de un bote para la ocasión, ni siquiera contaba con una escala de cuerdas. Después de nadar afanosamente y de padecer los embates de las olas, ya medio congelado, logré trepar hasta la cubierta a través de la cadena del ancla de popa. El frío que sentí en aquel entonces, estando desnudo y de pie sobre el buque, no lo he vuelto a sentir jamás.

Dando tumbos reuní en una bolsa de lona cuanta comida enlatada hallé en la despensa. Metí también en ella un rollo de alambre conejo, dos carretes de sedal y algunas herramientas. El miedo a morir de hipotermia me apremiaba a finiquitar de forma perentoria mi estancia en aquel barco cons-

tantemente zangoloteado por la borrasca. Me estremecía con la sola idea de acabar mis días en su bodega maloliente, yerto antes de haber conseguido huir de ese mundo lúgubre. Finalmente, habiendo salido a cubierta por la escotilla de popa, me coloqué un chaleco salvavidas, me até a la cintura el saco y me lancé al agua. En breves minutos las olas me habían arrojado a la playa.

Regresé a mi alojamiento siendo ya noche cerrada. Estaba aterido. Tiritando me cambié las prendas húmedas por otras secas. Con premura eché unas astillas sobre el rescoldo de la cocina y aventé las brasas con un fuelle de fragua. A poco comencé a percibir en el cuarto un agradable olor a humo. Me apliqué entonces a carnear las presas, gratamente acompañado por el crepitar de la leña ardiendo. El ajeteo de la jornada me había abierto el apetito. Afuera la ventisca sacudía los postigos de las ventanas.

El estofado de conejo con papas me supo a manjar de reyes. Tan así que incluso rebañé la olla meticulosamente. Comí hasta quedar ahíto.

Repuesto un tanto de las faenas del día, prolongué mi sobremesa reflexionando en torno a los aparentes misterios que rondan este paraje singular. La energía eléctrica, el computador conectado a Internet y la casa deshabitada pero siempre habitable conformaban una incógnita casi portentosa. Somnoliento, a mitad de camino entre el sueño y la vigilia, discurrí —o fantaseé— que quizás el páramo me plantease un problema cuya solución era tan improbable de conocer como la condición de parada de una máquina de Turing.

Al otro día, entretanto desayunaba, especulé con la posibilidad de hallar el número de Gödel del lugar en donde me encontraba. Pensé: las matemáticas, no la lengua natural (bastión postrero del antropocentrismo), son el lenguaje en el que es factible expresar la realidad. Enseguida caí en la cuenta de que tamaña aseveración encerraba, en mi presente situación, una falacia insuperable. ¡Primeramente había que tener una realidad!

Engullí la última loncha de jurel ahumado que había en el plato. Me puse de pie mientras sorbía un mate amargo. Algo vago, tan incierto como el origen y las consecuencias del cambio climático, me desazonaba sobremanera. En el transcurso de la noche el temporal había recrudecido. A la distancia, más allá de los árboles derribados por el vendaval, un grupo de gaviotas maniobraba en plena tormenta. Permanecí largo rato mirando los complicados movimientos que efectuaban estos pájaros a fin de contrarrestar la fuerza

eólica. La pericia que mostraban en la ejecución de tal labor me emocionó. Por un instante había logrado empatizar con estos pequeños dinosaurios.

Al fin di con el motivo de mi inquietud: la mujer que naufragó en una costa lejana no me había escrito.

Un sismo leve remeció ligeramente la habitación. La espetera se agitó por unos segundos y tintineó. A lo lejos, brotando de una región ignorada hasta ese momento, un perro aulló sin entusiasmo. Puesto delante de un espejo emití una risa sardónica. Fijé la vista en la imagen azogada, como atisbando un mundo distante. Mi rostro erosionado por los años me recordaba la existencia de otro hombre, más joven y menos solo. Adrede deslicé un dedo por sobre la superficie vítrea, queriendo cerciorarme de la veracidad de aquel reflejo mortecino.

Disgustado por la visión de ese resplandor mustio, retrocedí cansinamente, recitando con voz queda unos versos ilustres:

*¿Qué me reserva el devenir ahora* 26  
*y este hoy, en flor apenas entreabierto?*

«*Mi playa de Marienbad. . . mi Ulrike. . . Fueron dos números primos los que vencieron al amor*»,<sup>27</sup> pensé mientras me abocaba a rematar la misiva. La profusión de sentimientos encontrados me había conmovido al extremo de hacerme trastabillar hasta dar de sopetón con la silla. «*Los recuerdos son la carcoma del tiempo*», farfullé repantigándome en mi asiento.

Terminé de pergeñar mi carta de náufrago. La tierra continuaba temblando. Con desgano introduje un leño de tepú en la estufa de hierro. Humeaba. Ajusté el tiro de la chimenea. Una andanada de lluvia azotó rudamente la puerta. Restregué los pies en un felpudo desflecado que había por ahí. Entretanto me enfundaba en mi gabán de piel de conejo tararé un aire popular. El escalofrío de una ensoñación inesperada recorrió mi espalda. Me calcé los guantes y abandoné el albergue con destino a la orilla del mar. Allí una corriente marina se encargaría de llevarle a mi ignota corresponsal mi botella de barro cocido conteniendo unas cuartillas con estas mismas palabras que en este preciso instante escribo.

<sup>26</sup> *Elegía de Marienbad*, Johann Wolfgang von Goethe, en traducción de Guillermo Valencia, vv. 1-2. (Nota del Editor.)

<sup>27</sup> En efecto, como muchos sabrán, el náufrago alude aquí a los cardinales 19 y 73. (Nota del Editor.)

**P.D.:** Definición de literatura, según mi hijo: *Cmnkt cn t gnrcn qndo kras, d frma indval e ntima, si lgras ntender el msj.* El resto de obras, que se subsumen oficialmente en la categoría *literatura*, sería material de investigación para múltiples ciencias o, en el peor de los casos, pienso para saciar la voracidad de los bibliólatras.<sup>28</sup>

Más aún: la siguiente cadena de caracteres aparentemente arbitrarios también constituye una expresión literaria cabal, siempre y cuando sea interpretada en el contexto de una situación de intemperie. (Los enigmas dejan de ser tales si entendemos el código que los rige.)

VNNJKQEEQGPVVEETEDIR<sup>29</sup>

En fin, a veces los grandes cambios tecnológicos generan revoluciones literarias. Que se sepa, el proceso inverso jamás ha ocurrido.

---

<sup>28</sup>La sola evocación de estas sandeces idiomáticas repugna al menos melindroso y subleva al más pacífico. Los necios no se arredran ante nada. ¡Cuán duro es ser padre en los tiempos que corren! (Algunos sostienen que los hijos son una hipoteca de por vida.) (Nota del Editor.)

<sup>29</sup>Cifrado de Vigenère. (Nota del Editor.)

## Botella al mar VI<sup>30</sup>

Cuando tenga ánimo me suicidaré.

YO

A quien leyere este mensaje:  
Buenos días. Mi nombre no interesa. Soy sencillamente un individuo que ha sido testigo de algunos sucesos extraordinarios.

Después de haber permanecido poco más de tres meses en un paraje asolado por el viento y la lluvia, a cuyas costas inhospitalarias arribé debido a que mi nave zozobró frente a ellas, partí con rumbo a una tierra muy distinta. O así lo creía yo en ese entonces.

Se contactó conmigo una mujer que aseguraba haber naufragado en un litoral lejano. Las botellas de barro cocido, conteniendo notas manuscritas, que yo echaba al mar, le llegaban con cierta regularidad. Una corriente oceánica las transportaba hasta la orilla en donde ella había encallado. De tiempo en tiempo yo recibía algún mensaje suyo a través del computador que había en aquel sitio. (La nuestra era una comunicación asíncrona.) Por ella supe de otro país y de otras riberas, en todo diferentes a éstas en las que me encontraba. Me invitó a ir hasta allí para rescatarla y a la vez resarcirme, según columbré, de mis congojas.

Mientras me esforzaba por alejarme de ese páramo me llamaron la atención diversas cosas... incoherentes, que no absurdas...<sup>31</sup> Me propuse entonces explicarme los fenómenos en apariencia incomprensibles con los que a menudo me topaba. Me obsesioné por hallar una razón a tanto sinsentido

---

<sup>30</sup>Esta relación que efectúa el protagonista, como a guisa de compendio de su experiencia vital en el lugar donde naufragó, es lo que con mayor fuerza me persuade de que sus mensajes son fidedignos más allá de cualquier duda razonable. Suponiendo que se tratase de una obra literaria, —es decir: un texto concebido como un sistema semánticamente autónomo—, esta *Botella al mar VI* sería redundante, e inclusive impensable hasta por el propio autor; su acentuado carácter pleonástico la volvería contraproducente respecto a la finalidad literaria con que se habría escrito la hipotética obra. Cabe, por ende, desechar semejante conjetura y afirmar, respaldado en los argumentos precedentes, que la narración en cuestión es verídica. (Nota del Editor.)

<sup>31</sup>El sintagma quedó trunco porque estaba en un sector muy dañado del disco duro. No obstante, luego de cotejar concienzudamente varias cadenas de caracteres —tal como si manipulase un palimpsesto de novísima factura— me inclino a creer que nuestro desdichado relator pretendió expresar algo así: *absurdo es todo aquello que no es como nuestro capricho quiere que sea*. (Nota del Editor.)

y acabé desesperándome ante mi impotencia para conseguirlo. Aprendí así que a la larga el voluntarismo sólo crea culpables y fracasados.<sup>32</sup>

A poco trecho de la playa había una casa espaciosa, de dos plantas, bien conservada por donde se la mirase. Todo en ella estaba ordenado de tal suerte que quien la observara, por fuera o por dentro, no titubearía en opinar que sus habitantes eran en extremo hacendosos. Ubicada a escasos cien metros<sup>33</sup> del farallón del Norte, sobre una ligera elevación del terreno, nadie cuerdo hubiese imaginado que permanecía desierta desde época inmemorial.

Apenas transcurridos tres días desde mi llegada, comencé a trajinar por las inmediaciones de esta vivienda, intentando descubrir la fuente de la electricidad que la mantenía iluminada. Mi empeño resultó inútil, puesto que jamás logré saber con certeza el origen de la misma. Tampoco aclaré el enigma de la ausencia de seres humanos en aquel paraje agreste. Había alimentos en una despensa y leña seca en un galpón. Había asimismo una veintena de libros en una estantería de notro y un computador encima de un escritorio. En mi prolija rebusca también encontré algunas herramientas de labranza y un fárrago de enseres domésticos. Mas no había nadie a quien adjudicarle la propiedad o el usufructo de estos objetos disímiles.

Pasados los primeros días, que empleé en reponerme de mi naufragio y en investigar por los alrededores, me dediqué a reparar mi barco. (No debía dejarme paralizar por la sinrazón.) Los mensajes de la mujer que naufragó en una costa lejana me incitaban a partir lo más pronto posible. Un mundo cálido y sin chubascos me aguardaba más allá de ese océano siempre proceloso. ¡Hasta prometía prepararme una deliciosa cena! (Reconozco que todo esto era muy confuso. ¡Un naufragio en plena metrópolis!)

Cierta noche recibí una carta suya. En ella me ponía las coordenadas del lugar en el que supuestamente había naufragado. Los datos eran escuetos, quien los escribió no los había acompañado de indicación alguna, ni siquiera

---

<sup>32</sup>La lectura de este pasaje me trae a la memoria —por contraste, supongo— aquella reposada contestación que dio la diosa serpiente al náufrago del cuento egipcio. «*Si eres fuerte, domina tu corazón: estrecharás en tus brazos a tus hijos y a tu mujer, verás tu casa, y eso vale más que todo. Regresarás al país donde vivías con tus hermanos*». Extraído de *El relato del náufrago*, en *Revista El Correo de la Unesco*, agosto-septiembre 1991, pp. 40-42. (Nota del Editor.)

<sup>33</sup>Esbozando una sonrisa de triunfo, mi amigo exclamó: «*¡Te apuesto un pendrive a que son exactamente noventa y siete metros!*». En ese instante no supe qué replicarle. Su imprevisto desafío lúdico me había desconcertado. Yo no veía que hubiera elementos suficientes como para inferir de ello tal valor. Por otra parte, aún hoy pienso que los misterios pitagóricos son pasatiempos pueriles. (Nota del Editor.)

de una frase de salutación o de su firma al pie. Al día siguiente, despuntando el alba, zarpé. El cielo se mostraba despejado y el mar estaba calmo. Corría una suave brisa del Sur. Sin duda tendría buen tiempo para navegar. Un Sol anaranjado, grande como un medallón etrusco, subía perezosamente a través de la línea de horizonte trazada por sobre las aguas oceánicas. Recordé, demasiado tarde, que me había olvidado de apagar el computador.

Al cabo de veintitrés días de singladura arribé sin contratiempos a las costas indicadas por mi amiga.

Desembarqué al caer el crepúsculo. El viento soplaba impetuosamente y hacía mucho frío. Una densa bruma cubría la caleta.<sup>34</sup> Rodeé la rompiente a fin de evitar que los rociones me calaran hasta los huesos. Aun así el ruido del batir de las olas contra el arrecife era ensordecedor. Con seguridad esa noche habría temporal. A casi cien metros de la ribera se divisaba una casa con uno de sus cuartos iluminado por una bombilla eléctrica. Detrás de mí, en alta mar, un Sol envuelto en oscuras nubes se ocultaba presuroso. No hallé ningún rastro de la mujer que naufragó en una costa lejana. Pensé, con resignación, que tal vez hubiese un mensaje suyo en el computador.<sup>35</sup>

---

<sup>34</sup>Comprobé, por simple curiosidad, que si bien el uso de esta acepción del vocablo *caleta* está extendidísimo, la *Real Academia Española* no lo recoge en la última edición (22.<sup>a</sup>) de su *Diccionario*. Con el significado de *ensenada pequeña*, que es el que corresponde a esta acepción del término *caleta*, aparece *cala*. (Nota del Editor.)

<sup>35</sup>Es bastante probable que el pobre haya estado navegando sin derrota hasta que atracó en la presunta isla en cuya costas había naufragado. Con la diferencia que esta vez pisó tierra en su lado occidental. Y nada raro que hubiese una casa parecida en esa otra costa. *O quizás llegó a Venus sin darse cuenta*, me susurra mi amigo componiendo un chascarrillo deliberadamente críptico. (Nota del Editor.)

## Botella al mar VII<sup>36</sup>

Si la verdad consiste en la conformidad de la cosa con el concepto que la denota, entonces la información, en tanto representación simbólica de la realidad, es la conformidad del mundo con los datos que lo describen. De lo que deducimos que la información es la verdad del mundo. Por ende, si tenemos información podemos estar seguros de que existe un mundo exterior a nosotros.

DE *Refutación del solipsismo*, anónimo

Después de mi conato de abandonar la isla me dediqué a holgazanear sin remordimientos. Los días y los meses transcurrieron sin sucesos de importancia. Comí papas y potajes de legumbres hasta hastiarme, consumí la provisión de pescado e incluso acabé con las olorosas ristras de cebollas. Cuando el alimento almacenado empezó a escasear, cultivé con ahínco el huerto que está junto a la finca y perfeccioné mi técnica para cazar conejos silvestres. También pesqué peces en abundancia, que luego ahumé. Pero jamás, ni por un segundo siquiera, en todo ese lapso se me ocurrió intentar nuevamente salir del yermo en donde estaba. No iba a quemar mis naves sabiendo que no existía un reino que conquistar. Entretanto leía los *Principia*, como si los cálculos de fluxiones pudieran atemperar la desolación que a menudo sentía.<sup>37</sup>

En fin, han pasado los meses, sigilosamente, como alguien que anda de puntillas por las habitaciones. El clima ha mejorado bastante. Los días se alargan, el frío disminuye y ya casi no llueve. En los alrededores del inmueble nacieron algunas plantitas y los árboles raquíticos, próximos al arroyuelo, retoñaron espléndidamente. De vez en cuando un picaflor solitario cruza el abigarrado jardín. En el firmamento observo, todas las noches, a Sirio rutilante.

Cierta tarde, al volver de una *excursión* por los humedales en busca de leña de tepú para cocinar, encontré uno de esos tradicionales pinos de Navidad sobre la mesa del comedor, cerca del mueble con libros. «*Ya estamos a fin de año*», me dije a mí mismo; «*es el perihelio*», agregué lacónicamente, mientras procuraba concretar un recuerdo difuso. Al rato me sorprendí por el

---

<sup>36</sup>Este mensaje jamás fue remitido. El náufrago no fue capaz de fabricar nuevas vasijas de arcilla. El epígrafe sería una interpolación de un estudiante de Hume. (Nota anónima.)

<sup>37</sup>«*Por lo general, los grandes naufragios se sobrellevan mejor en soledad*», acota mi amigo y colaborador. (Nota del Editor.)

hecho de que semejante objeto ceremonial hubiese surgido allí como por arte de birlibirloque. Sin embargo, ello no me apesadumbró como cuando, recién llegado a la isla, me topaba a diario con esta clase de cosas. Al fin me había habituado a vivir en ese ambiente caliginoso, pletórico de extravagancias, que era el lugar en donde yo había zozobrado. Me consolaba recordando que más tuvo que entregar Kepler por ocho minutos de arco.

A toda hora, tanto de día como de noche, por el Poniente se encumbraba una serpenteante columna de humo gris, proveniente, de acuerdo con mis cálculos, del edificio con aspecto de central eléctrica, aquél que una vez yo había entrevisto desde la cima de un cerro, a la vera de un salto de agua. Cuando el viento soplaba desde esa dirección, el aire se impregnaba de un olor acre, distintivo de la combustión del carbón de piedra.

El computador permanecía encendido sobre el escritorio, con su conexión a Internet plenamente operativa. La mujer que había naufragado en una costa lejana proseguía enviándome mensajes por correo electrónico, aun cuando yo no le respondiese ninguno. En ellos me refería anécdotas de su vida privada: se había divorciado, su médico le había diagnosticado una afección cardíaca, estaba atravesando una crisis vital profunda e intentaba —según ella— llegar hasta donde mí, a fin de consolarse de tanta desgracia. Yo era su *ángel*.<sup>38</sup>

En verdad que este asunto me parecía falto de coherencia, a no ser que ella estuviese expresándose en sentido metafórico. ¿Era cierto que había naufragado en una playa lejana, al igual que yo? ¿Mentía como una bellaca o su relato era una sutil parábola? Yo no lo sabía, ni tenía un auténtico interés en averiguarlo. El cálculo de fluxiones y el cultivo del huerto requerían de todas mis fuerzas. Más aún, practicando un escepticismo crítico cabría preguntarse: ¿Existía esta mujer? Bien podría ser un *bot* o un *troyano* destinados a obtener información confidencial de usuarios de Internet poco precavidos.<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup>Ser mítico, híbrido de humano y ave, de sexo opinable y oriundo de Mesopotamia. Desempeñaba roles heterogéneos, tales como mensajero, protector de personas y ejecutor de mandatos divinos especiales. Algunos pueblos del Medio Oriente agrupaban a estas quimeras en órdenes jerárquicos, otros no. Sin embargo, casi todos les atribuían la inmortalidad y cualidades morales excelsas. Actualmente se los representa en estampas charras. (Nota del Editor.)

<sup>39</sup>También debiera contemplarse en este abanico de posibilidades la hipótesis de un caso de suplantación de identidad o *phishing*. Así se explicarían muchas de las incoherencias y contradicciones que percibimos en la conducta de la mujer de la otra orilla. De confirmarse esta hipótesis de trabajo, habrían sido dos o más las personas que le escribieron a nuestro sufrido náufrago. (Nota del Editor.)

Pero desde que se sabe que los juicios de existencia negativos son indemostrables,<sup>40</sup> es tarea vana cualquier intento de probar una hipótesis como la mía.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> Alusión indirecta al consabido *onus probandi*. (Nota del Editor.)

<sup>41</sup> Este pasaje de la narración nos parece desconcertante, tanto como para inducirnos a sospechar que es apócrifo. Obsérvese cómo el autor define ahora el lugar donde está fondeado. *Isla* lo denomina (!). Repare también el lector en la notable omisión del bajel. Por último, la apostilla anónima con que se inicia esta *Botella al mar VII* delata la presencia de un escoliasta anterior a nosotros, el que —casi con toda certeza— tuvo acceso a material de primera mano, y hasta es verosímil que haya visitado el mismísimo lugar que habitó el náufrago pergeñador de estas páginas. Supuesto que, claro está, quedaría invalidado si se corroborase que este trozo del relato es falso. (Nota del Editor.)

## Fragmentos de bitácora

El test de Rorschach es a la psiquiatría lo que las Caras de Bélmez son al arte rupestre.

YO<sup>42</sup>

Redactados a vuelapluma, en momentos de ocio o cuando el ímpetu de la tormenta me acorralaba en el cuarto de las cebollas, estos fragmentos —salvados del último aluvión, que devastó la esquina nordeste de la finca— plasman algunos de mis más acendrados despropósitos intelectuales. No busquéis en ellos otra cosa que no sea solaz para un cerebro estresado. Tampoco os andéis con remilgos: disfrutadlos sin tomar precauciones, puesto que están exentos de la toxicidad inherente a un programa de televisión.

## Diario íntimo

*Sine die.*

En una época imprecisa, de características geológicas precámbricas, naufragué estrepitosamente. Fue para entonces que di con esta vivienda singular, que si bien no está habitada pareciera como que lo hubiese estado recientemente.

Hace seis días inspeccioné la casa del páramo, tropecé con una pequeña biblioteca, descubrí un puñado de libros —algunos de ellos valiosos—, aprendí a cazar conejos, comencé a reparar mi embarcación, dominé la técnica de la alfarería, recibí el pedido de auxilio de una desconocida, le respondí su mensaje y ejercí la docencia a distancia.

Hace cinco días realicé una excursión a fin de hallar la fuente de la energía eléctrica que mantiene a este computador funcionando, me lastimé una pierna mientras regresaba, me suturé la herida, resolví dormir en el piso de este cuarto —preferentemente por motivos éticos—, me invitó a su hogar la mujer de la otra orilla y adopté una postura cercana al monismo materialista.

Hace cuatro días terminé de arreglar mi nave, medité acerca de los límites de la realidad, vi llover torrencialmente, oí al viento forcejear con los

---

<sup>42</sup>¿Una infamia? Este peregrino dictamen lo vi impreso, hace cosa de un lustro, en el margen izquierdo de un epítome de oniromancia. ¿Casualidad o premeditación? Probablemente nunca lo sepamos. (Nota del Editor.)

postigos de las ventanas, encontré lentejas, papas, cebollas y cecina de pescado en una habitación recóndita, me repuse de mi accidente, asesoré a una amiga, esquematicé una estrategia para afrontar los efectos deletéreos de la intemperie en los náufragos, cavilé sobre las consecuencias de la entropía y hojeé mi diario antes de dormirme en mi lecho improvisado.

Hace tres días reflexioné eruditamente en torno al valor de las palabras, cacé muchos conejos, visité mi barco —en donde casi morí congelado—, sentí temblar la tierra bajo mis pies, guisé estofado de conejo con papas al natural, busqué infructuosamente el número de Gödel de este lugar inhóspito, empaticé con unos minúsculos dinosaurios, sufrí el síndrome de Marienbad y remití una carta.

Anteayer compuse una sinopsis de mi naufragio, partí de estas costas extraviadas, navegué durante veintitrés días, no localicé a la mujer de la otra orilla, volví a estos andurriales y, después de zamparme unas lonchas de jurel con ajos y orégano, llegué a la conclusión de que la derivada de la lluvia es la humedad. Aunque la dama de la otra orilla afirma que bien puede ser a la inversa. Ambos esperamos la confirmación empírica de esta hipótesis o, como mínimo, que los cálculos matemáticos que se efectúen nos presenten un modelo que posea verosimilitud lógica. Entretanto, ella y yo navegaremos por Internet.

Ayer capturé tres conejos, pesqué cinco peces, haché medio metro cúbico de leña, labré mi huerto, me cercioré del paso de nuestro planeta por su perihelio, programé en lenguaje C un buscador de números primos —sugiero, para una mayor intelección al respecto, repasar el teorema de dichos números—, cociné un guiso de lentejas con extracto de tomates, me afeité la barba, me atusé el bigote, me corté las uñas de las manos, leí parte del LIBRO TERCERO de los *Principia*, contemplé arrobado las estrellas, dudé filosóficamente de mi existencia y me masturbé dos veces bajo el resplandor de la Luna.

Hoy escribo una carta para la dama de la otra orilla, pero no la envió por ausencia de corriente oceánica; deshollino las chimeneas, desbrozo los desagües del tejado, cambio una canilla, barro los pisos, lavo ropa, zurzo mis calcetines, ahúmo cinco jureles, rebano un pan lactal —el que, todo hay que decirlo, principiaba a enmohecerse—, me ducho, borro hojas y hojas de papel, tomo apuntes, ideo el TRISCAIDECÁLOGO y pienso largamente respecto a mis circunstancias. No consigo concentrarme en la lectura de mi

libro, pues me parece escuchar su voz en el viento. Divago, y al alcanzar Sirio el cenit alucino.

Mañana, después de haber desayunado como es mi costumbre, recorreré de nuevo los terrenos contiguos a la casa del páramo en busca de seres humanos; posteriormente, recogeré leña muerta, desmalezaré el antejardín, podaré los rosales, sustituiré el termostato del invernadero —en su interior germinan unos pimientos morrones que por nada del mundo toleraría que se me marchitasen—, clavaré el techo de la leñera, limpiaré el retrete, plancharé mi ropa, machacaré unos dientes de ajo en el mortero de piedra, escabecharé varios conejos, puliré este relato, intuiré que alguien pergeña una crónica de mi vida, estudiaré el TEOREMA XIII de la PROPOSICIÓN XIII del LIBRO TERCERO de los *Principia*, actualizaré el sistema operativo de la computadora, me cebaré unos mates amargos mientras cenó conejo fiambre acompañado de cebollas con cilantro, y me masturbaré una vez por razones estrictamente higiénicas.

Pasado mañana me suicidaré. Si es que tengo ánimo, claro está.

Concluyendo, cuando era joven y entusiasta, tenía una novia. Ahora, que soy viejo y estoy desanimado, tengo recuerdos amenos. Al fin comprendo que he vivido. Creo que ya es hora de modificar mi estado.

### Miscelánea textual

[...]

Cuando me aburro: La literatura es una diversión candorosa, consistente en juntar palabras que me gustan. Semejante al sudoku, pero menos emocionante y más literal.

Cuando estoy solo: Un relato debiera ser como un cajón de sastre de las comunicaciones, acopio desordenado de retazos de discursos que no hemos pronunciado por carencia de auditores. Como si fuese el espectro de absorción de nuestra soledad.

Cuando delibero: El objetivo de la literatura no es entretener ni enseñar, sino crear universos, con su propio tiempo y espacio.

[...]

—Nauf,<sup>43</sup> anoche tuve un sueño...

[...]

---

<sup>43</sup>Hipocorístico de *Náufrago*. (Nota del Editor.)

Todavía con jirones de noche pendiendo de los ojos atinó a evocar las palabras finales de un sueño malogrado por el reloj despertador:

... con una promesa norteamericana, de no ceder amando...

Garrapateó los términos apresuradamente sobre una servilleta manchada de rouge y de aceite, como intentando con ello fijar para la eternidad una idea escurridiza. Vaciló por un instante: la impresión del labio inferior ocultaba parte de lo que había escrito. Se encogió de hombros y remarcó con vigor los trazos. En un chispazo de lucidez diurna se vio a sí misma, somnolienta y desgredada, guardando en un papel la resaca que la noche había arrojado a las orillas del día. Se le antojó que era una ceremonia sagrada y ridícula la que acababa de protagonizar. Sonrió. De seguro que la hermenéutica no era su especialidad, pensó entretanto releía mecánicamente la frase recién recobrada del río de su conciencia. No obstante, intuía algo promisorio en esa sucesión de palabras nocturnas, algo como un paladión para adentrarse sin recelos en el futuro de su relación amorosa. ¡Era «una promesa norteamericana»!<sup>44</sup>

[...]

—Batichica, apuremos el paso. La placa de Nazca está siendo subducida por la placa sudamericana. Si nos demoramos más tiempo nunca regresaremos a casa. No quiero morir sin antes haber comido un guiso de ternera a la sombra de su *árbol calamar*.

—Entiendo, Nauf. El día es largo y la vida es corta.

[...]

Mientras masticaba unos higos pasos, hallados por azar en un cajón del aparador, me sumergí en ociosas meditaciones acerca del hecho de que algunos poderosos son defenestrados por su estolidez más que por sus crímenes. Esto implicaba, según mi ver, una gran injusticia, a la par que cuestionaba la solidez de los principios morales sobre los que descansa nuestra sociedad. No excluí de mi reflexión ni al *Alcibíades* ni al *Hipias Menor* —y a fuer de pun-

---

<sup>44</sup>Este párrafo en particular me causa cierta perplejidad. Está patente que es una burda injerencia. Pero su estilo, que me atrevo a calificar como de novela rosa para burgueses cultivados, me intriga poderosamente. ¿De dónde proviene este texto? ¿Quién lo intercaló? ¿Existió la mujer soñadora que se bosqueja en el cuadro? ¿Mantuvo, acaso, nuestro malhadado protagonista un romance del cual nada sabemos? En tal presupuesto, ¿quién tuvo el designio de divulgarlo? En fin, por ahora todo es una retahíla de preguntas sin respuestas convincentes. Espero que ulteriores estudios arrojen un poco de luz respecto a este interesante asunto. (Nota del Editor.)

tilloso ni siquiera soslayé la incidental *Política* del afamado macedonio—,<sup>45</sup> aunque fuese únicamente para ratificar con ello la necesidad de una ética de base científica y, por tanto, materialista.

Yo he ideado la república cuasi perfecta, toda ella exenta de contrariedades: la República de Uno.

[...]

Afuera tenemos una muchedumbre de hombres y mujeres, sedicentemente civilizados, pugnando por retornar a las cavernas. ¿Sabéis por qué? Porque ya olvidaron cómo se vivía en las cavernas.

La *máquina de Antiquitera* aún yace en el lecho del mar.

[...]

En otro orden de cosas, hay expresiones matemáticas que son representaciones simbólicas de dramas humanos. La siguiente ecuación, apolínea como un templo dórico, me hace derramar lágrimas de alegría, aun cuando su trasfondo esconde una verdad terrible para muchos de mis congéneres:

$$E = mc^2.$$

Contemplando sin apasionamiento mi entorno natural, la sapiencia que ella atesora me estimula a proferir una frase: ¡Cuán arduo es recuperar la masa!<sup>46</sup> He aquí la manifestación más diáfana de ese significado patético, soterrado pero no inalcanzable, al que me refería.

En la naturaleza existen procesos cuya reversibilidad, si bien factible, es altamente costosa en términos energéticos. Por ende, algunos de ellos, que no todos, sólo se pueden percibir en el seno de las estrellas o en las sinuosidades de un acelerador de partículas. Otros procesos, lamentablemente más publicitados —como la muerte, por ejemplo—, son irreversibles, mal que les pese a numerosos creyentes en mitos, aunque sí son fácilmente verificables.

Es posible que dichos procesos no tengan lugar tal como acabo de exponerlos, puesto que mis circuitos neuronales fallan a menudo debido a su

---

<sup>45</sup>Nos parece sorprendente que no haya mencionado la *República* en sus cogitaciones de entrecasa. Por el contexto barruntamos que esta notoria ausencia se debe a un mero descuido. (Nota del Editor.)

<sup>46</sup>La popular fórmula matemática del genio de Ulm se refiere a una masa en reposo. En el caso de una masa en movimiento se emplea esta otra:

$$E = \sqrt{p^2c^2 + m^2c^4} = \gamma mc^2.$$

Indudablemente es una ecuación muchísimo menos conocida por el común de la gente. (Nota del Editor.)

desgaste natural; con todo, es seguro que ocurren, a grandes rasgos, de la forma consignada.

[...]

¿Es viable una comunidad de solitarios?

Siempre quieren algo de ti. Si eres dadivoso te fagocitarán completamente. Tenlo por cierto.

Es ésta una conducta recurrente del *Homo sapiens*, propiciada en buena medida por imperativos de índole cultural. (Conviene tener presente que la cultura constituye un mecanismo biológico de adaptación al medio; más específicamente, es una parte del fenotipo humano.)

Insisto. Siempre quieren algo de ti. Quieren que seas amable o repulsivo, que los elogies o los vituperes, que los ames o los odies, que los absuelvas o los condenes, que los entretengas o los aburras, que los ilustres o los embauques, que los acompañes o los abandones, que los recuerdes o los olvides... En fin, quieren que les des o les quites lo que en ese momento su capricho o su miedo les inspire. Nunca desearán estar contigo si no es por una razón instrumental. Las relaciones humanas son inhumanas.<sup>47</sup>

¿Pero es pensable otra manera de relacionarnos? ¿Existe una forma neutral de estar con los otros? ¿Podemos saciarnos sin dar ni recibir? En síntesis: ¿somos capaces de experimentar la intemperie en sociedad, sin dejar por esto de ser autónomos?

¿En qué consiste esta cuestión batallona? ¿Es dilema, aporía, paralogismo o descarnado sofisma?<sup>48</sup> O lo que se me figura más probable, ¿es un disparate propuesto como tema de sobremesa por burgueses atosigados de coaching empresarial?

Veamos. Nos acicatea el anhelo de convivir preservando nuestra mismidad. O, como manifestó un emergentista bungeano hace ya tiempo y con fino donaire, amo a la humanidad, pero odio a los seres humanos. ¿No es así?

Pues bien, dejando a un lado la garrulería de algunos progresistas retrasados, que pregonan explicaciones basadas en fantasmagorías psicologistas,

---

<sup>47</sup>Repárese en la similitud de este pensamiento con la conocida idea de Kafka acerca de la soledad: *Se está solo como un total extraño y sólo se es motivo de curiosidad.* (Nota del Editor.)

<sup>48</sup>En su novela *El beso de la mujer araña*, Manuel Puig se plantea justamente esta disyuntiva y concluye que es posible la *cohabitación*, incluso en casos de extrema disparidad. (Nota del Editor.)

tanto esta pregunta como su respuesta son atinentes a la biología de nuestra especie. Si bien no es lo mismo una colonia de madréporas que una tribu de humanos, los organismos integrantes de ambas colectividades responden a instintos básicos comunes (reproducirse y alimentarse), lo que orienta nuestra búsqueda hacia el ámbito de la etología.<sup>49</sup> Cualquier abordaje *humanista* de este problema resultaría improcedente.

[...]

Fórmula de despedida para cuando sean usuales los vuelos tripulados a otros cuerpos celestes:<sup>50</sup>

Ha sido un honor para mí compartir con usted el oxígeno de este planeta.

[...]

En tono desafiante y con fruición masoquista, alguien había escrito sobre un rectángulo de hojalata: Este pueblito se llama *Derrota*.

El cartel pendía del tronco de un árbol medio podrido, que por casualidad aún se mantenía de pie. Las nieves y las lluvias, y en menor grado el Sol, lo habían desteñido hasta el extremo de hacerlo prácticamente ilegible.

[...]

La distinción entre sustancias naturales y artificiales es tan relativa y suele ser hecha con tanta arbitrariedad que a menudo se la emplea como apoyatura para cualquier argumento fuertemente ideologizado. Opera a modo de un lecho de Procusto de las significaciones, bajo su férula éstas se alargan o se acortan según la conveniencia ideológica de quien las esgrima. Asimismo, las pretendidas propiedades saludables o nocivas de estos entes nacidos de tal clasificación ortopédica se fundan en las mismas razones especiosas antedichas. Semejante creación antitética es cultural y en su gestación se ha prescindido del método científico o se lo ha usado aviesamente, a los efectos de cohonestar una concepción irracional previa.

Es así como, de manera subrepticia pero eficiente, los objetos naturales llegan a ser saludables; es decir, devienen en buenos. Y los objetos artificiales llegan a ser nocivos; es decir, devienen en malos. En consecuencia, habiendo sido introducidos de contrabando, los conceptos religiosos de bien y mal

<sup>49</sup>Este intrínquis biopsicosocial más bien debiera ser tratado por la neuroetología, rama de la neurología que se ocupa de investigar los fundamentos neuronales del comportamiento animal. (Nota del Editor.)

<sup>50</sup>Quizás al sistema planetario *Gliese 581*. (Nota del Editor.)

circulan otra vez a sus anchas por el mundo de los hombres del siglo veintiuno, mas ahora vestidos de una respetabilidad intelectual aparentemente conferida por la ciencia.

Así pues, mediante afirmaciones dogmáticas disfrazadas de conocimiento objetivo se va labrando el intrincado curso de un conflicto que desemboca, las más de las veces, en una recaída en la barbarie.

[...]

Hegel el Razonable, Heidegger el Transparente y Sartre el Esencial horadan la nebulosidad de nuestros cerebros para hacernos más expedito el camino hacia el matadero. El espanto de las víctimas se amortigua al estar el verdugo maquillado con un pomposo y fatuo sistema de ideas. Entretanto, Nietzsche el Minotauro Borracho nos escudriña impertérito cual capataz de esclavos. Hierático, musitando sus oraciones, Foucault erige el patíbulo junto a una escuela.

La acción se desarrolla en un museo de cera londinense. Los espectadores, casi todos ellos de procedencia sudamericana, están muertos o agonizantes. En un rincón de la vasta sala, Jacques Lacan, de pie y en éxtasis topológico, juega maquinalmente con una apergaminada cinta de Moebius. Desde lo alto, un retrato en sepia de Karl Marx preside la escena.

[...]

Querido diario, la inefable Batichica, en su avatar de Pichicha, estaba constreñida por sus obligaciones domésticas hasta el punto de serle casi imposible moverse de su hogar en la otra orilla. Por ello debimos posponer nuestras aventuras en el páramo. Pero volveremos en un futuro próximo. Discúlpame, diario compañero, por la asonancia del reciente inciso. No pude evitarla, bien que lo procuré.

[...]

... si la pichicha restauradora (del proceso dialéctico, se sobrentiende) consigue sustraerse a los discretos encantos de la normalidad burguesa, si los cautivadores no la cautivan, si los atractivos no la atraen, si los cuerdos no la enloquecen, si los contaminadores no la contaminan, si los tristes no la entristecen, si los biempensantes no la desilusionan, si los pudorosos no la escandalizan, si los embelecados no la embelecen, si los ansiolíticos no la domesticen, si los miedos no la amedrentan, si las pandemias no la aniquilan, si la crisis económica no la pauperiza, si el calentamiento global no la sofoca, si el invierno nuclear no la congela; en fin, si un asteroide no impacta

la Tierra, pues entonces, muy señores míos, os garantizo que las sirenas del supermercado no se quedarán con su vuelto, que los númenes de la cocina la acompañarán a picar cebollas sin lágrimas, que los lares le cuidarán celosamente su acogedor hogar, que el caballero del Páramo Florido enriquecerá su dieta con variados lagomorfos, que los lunáticos no la acosarán en los ómnibus rebosantes de humanidad, que la existencia desolada se trocará en amorosa comunión, que el misticismo pecuniario se metamorfoseará en solaz, que los dioses del fin de semana le serán propicios al diálogo y que las estrellas curiosas guñarán en su cuartito azul. Cumpliéndose estas sencillas premisas, frugal y bella será su vida, magníficos y memorables serán sus trabajos, Pichicha Universal será...<sup>51</sup>

[...]<sup>52</sup>

### Dueto extemporáneo o penas de bandoneón

Anticipamos al lector que los dos acápites que vienen a continuación contienen imágenes literarias de especial crudeza.

### Diatriba contra los usuarios de un novísimo medio de comunicación

He visto el cuadro patético de los que se reúnen en torno a un chat a fin de paliar la soledad que los embarga. Son seres nocturnos, galvanizados por una fantasía literaria, que jamás podrán tocarse ni olerse entre sí, pues sus acciones están tamizadas por el temor a vivir. Son hombres y mujeres fantasmales, alentando pasiones estrambóticas, avivando emociones infantiles. Los he observado en sus devaneos, los he padecido en su sentimentalismo de adolescentes frustrados. Todas sus aspiraciones se cifran en cumplir con los pasos cabalísticos de algún ceremonial huero, que un día ellos mismos crearon. La rotundidad de sus sentimientos tiene aires de folletín decimonónico. Si existe un atributo capaz de describirlos ajustadamente, ése es su gesto desesperado y escindido de la realidad. ¡La horrible mueca del *chatero*! Un

<sup>51</sup>Fragmento de un ditirambo en prosa, de autor desconocido, que no por tener un formato atípico deja de ser fascinante. Me refiero a *Asimetría de la lectoescritura estética: Todos los escritores son buenos, casi todos los lectores son malos; de aquí que haya pocas obras maestras de la literatura reconocidas como tales. Ejemplificación laudatoria*. Algunos críticos literarios del barrio de Constitución (Ciudad de Buenos Aires, Argentina) aseveran que es una pieza de juventud del admirable Macedonio Fernández. Cimentan semejante hipótesis en los anacronismos y anfibologías que presenta el texto. (Nota del Editor.)

<sup>52</sup>Del maremágnum de caracteres con que lidié pude extraer estos trozos inteligibles. Parvo resultado para una labor ciclópea. (Nota del Editor.)

amor imposible entre puerco espines, un miedo cervical y recíproco a apostar fuerte por el otro, un deseo entre algodones... He aquí algunos de los sí-miles con que es lícito caracterizar aproximativamente los vínculos afectivos de estos individuos estragados por la enfermedad. Sus fervorosos desvaríos ameritan la atención tanto del antropólogo como del psiquiatra.<sup>53</sup>

### **Cuadro costumbrista existencial o discurso del regreso a casa**

Pasaron las fiestas tradicionales, los cumpleaños, las vacaciones en la playa y los aniversarios variopintos. Todo ello acaeció en apenas tres meses, apretados y nerviosos, no exentos de cierto dramatismo esperpéntico. Ahora la vorágine urbana nos atrae hacia sí nuevamente. Con las fauces abiertas nos espera el taller, la fábrica, la oficina o la calle crepuscular; o nos aguarda el jardín de infantes, la escuela, la universidad o la perversa casa con sus quehaceres domésticos. Vuelven a nuestras vidas, con renovada fuerza, los orgasmos mudos y las boletas de servicios, la comida dietética y el amor con medida, las frases eufemísticas y la brutalidad policíaca, el pensamiento crematístico y los pedos con sordina, el asadito ritual y la conciencia culpable mas no tanto como para suscitar una crisis interior. Nuestros proyectos de reformas vitales quedaron varados en algún punto impreciso del calendario y las promesas de enmienda que nos hicimos para este nuevo año ya se concretaron mediante el cambio de marca de nuestro champú favorito. En cualquier caso, prevaleció la sensatez.<sup>54</sup> Es que todo esto sucede, aproximadamente, tal como hace un año. Debemos reconocer que el encarecido paréntesis vacacional no es otra cosa que un acto rutinario más. Como que no podía ser de distinta manera. Quiero vomitar, pero no encuentro un lugar limpio en donde hacerlo.<sup>55</sup>

---

<sup>53</sup>Este extenso y basto párrafo suena a perorata de moralista gazmoño. Muy probablemente se trate de una interpolación grosera, pero autocomplaciente, de algún fanático religioso. (Nota del Editor.)

<sup>54</sup>Siguiendo los dictados de la sensatez es factible creer a pies juntillas que el Sol orbita la Tierra. De hecho así ocurrió durante siglos. A menudo nuestros sentidos nos engañan. Por ello vale la pena desconfiar de los epiciclos ptolemaicos, o al menos dudar prudentemente de su certidumbre explicativa entre tanto no haya pruebas empíricas que los refrenden. (Nota del Editor.)

<sup>55</sup>*Sospecho que estas líneas fueron escritas por algún burgués aquejado de dispepsia, imitando —por otra parte— el estilo vehemente y admonitorio de Ezequiel Martínez Estrada,* me comenta mi amigo y colaborador. Sea como fuere, es efectivo que nos encontramos ante otra flagrante injerencia —agrego yo—, cuya fuente real posiblemente jamás lleguemos a conocer. (Nota del Editor.)

## Corolario o desenlace lógico

La tibieza de los días vernaes ha desaparecido. Con rigor astronómico estamos entrando en la estación de las lluvias. Los satélites meteorológicos de la NOAA<sup>56</sup> pronostican que las condiciones climáticas en el Cono Sur serán particularmente severas en esta temporada.

Pese a tan ominosos anuncios no me desaliento. Bien saben aquellos que me han tratado con cierta asiduidad que no me amilano delante de los reveses ni revoco mis proyectos en virtud de perturbaciones atmosféricas. Por el contrario, me agiganto en presencia del fracaso y me vuelvo magnánimo ante la trapacería del ser querido. Sé arrostrar las desventuras con bizarría. ¿Claudicar? ¡Jamás! Sólo se claudica ante la verdad.

No obstante, en vista de una situación presumiblemente irreversible como lo es ésta, la de mi naufragio colosal, considero pertinente dar a conocer un conjunto de ideas, genuino parto de mi ingenio, que sin duda será provechoso para muchos que hoy sufren por motivos ideológicos. Lo hago tanto para retribuir a mis congéneres como para perdurar a través de mis obras.

Sin más preámbulos aquí os expongo mi axiomática *sui generis*. Disimulad su carácter enrevesado. Al fin de cuentas, hasta el texto más enjundioso se agosta frente a la elocuencia avasallante de una cadena de ADN. Somos como tartamudos declamando un poema sublime. Seamos pacientes y estemos predispuestos a escuchar, no sólo a oír.

Propongo a mis eventuales lectores esta desiderata para los hombres y mujeres del siglo XXI. Si alguna vez ella fuese aprobada como lo que es —una pauta humanista para conquistar la felicidad—, me placería hondamente que se titulase, excusando el neologismo, TRISCAIDECÁLOGO DEL NÁUFRAGO.

1. La filosofía funciona como burladero de la historia.
2. La literatura sirve de atrezo para puestas en escena de comediantes horrorizados de la intemperie.
3. Mientras la práctica de escribir esté supeditada a los géneros literarios clásicos no tendremos más que un remedo de literatura.

---

<sup>56</sup>Siglas correspondientes a *National Oceanic and Atmospheric Administration*, renombrada agencia dependiente del Departamento de Comercio de los Estados Unidos de América, dedicada a la investigación científica de la atmósfera y del océano. Emite partes meteorológicos, los que pueden consultarse en su sitio web. (Nota del Editor.)

4. El gozo estético eclosiona en nuestro sistema límbico cuando cerramos el libro o apagamos el computador porque se nos agotaron los víveres.
5. La carne de conejo y las legumbres son, vistas desde una perspectiva contemporánea, cantares de gesta todavía sin leer.
6. La finalidad de vivir es continuar viviendo.
7. Imaginar es fácil; pensar es difícil, ya que demanda mayor cantidad de energía.
8. La cuadratura del círculo es imposible debido a que  $\pi$  es irracional.<sup>57</sup>
9. Quien ignora la estructura del universo mal podrá aprehender la estructura de un poema.
10. Si no careciéramos de sindéresis compondríamos poemas de amor con fórmulas matemáticas.
11. La formulación de hipótesis científicas constituye el máximo acto creativo de un ser humano.
12. La fantasía es un subproducto de la realidad.
13. Únicamente tienen pesadillas aquellos que cierran sus ojos.

Confío que en caso de no poder despachar mi mensaje se lleve a cabo en breve una expedición arqueológica a este desastrado rincón del planeta. Importa sobremanera que mi manuscrito se haga público antes de terminar la centuria que comienza. El conocimiento de las vicisitudes de un náufrago vitalicio puede resultar benéfico para las nuevas generaciones.

## Final inapelable

Ya no quedan suelos arcillosos en el páramo, pues las escorrentías los han erosionado hasta poner al descubierto la roca madre.

La tormenta destruyó la antena parabólica. El último servidor de chat cayó al amanecer: *[Jul 20 06:41:37 moorland ired[6670]: no servers reachable]*.<sup>58</sup>

---

<sup>57</sup>Craso error, puesto que tal imposibilidad estriba en que la constante  $\pi$  es un número trascendental. (Nota del Editor.)

<sup>58</sup>Esto también aconteció un 20 de julio. No puedo evitar recordarlo:

Soy como un Odiseo sin Ítaca y sin Penélope, prisionero por siempre en la isla de los Cíclopes. Solamente me resta una esperanza arqueológica.<sup>59</sup>

---

*109:25:08 Armstrong: Yes, the surface is fine and powdery. I can kick it up loosely with my toe. It does adhere in fine layers, like powdered charcoal, to the sole and sides of my boots. I only go in a small fraction of an inch, maybe an eighth of an inch, but I can see the footprints of my boots and the treads in the fine, sandy particles.*

Fue en el Mar de la Tranquilidad. (Nota del Editor.)

<sup>59</sup>Pareciera, por momentos, como que el náufrago no fuera tal —por lo menos *ad litteram*—, sino alguien enajenado de la realidad. (Si bien la oración gramatical con que remata su escrito refuta palmariamente esta suposición, son muchos más los indicios que abogan en pro de una exégesis fundada en la demencia de nuestro atribulado prosista. Para convencernos de esto ahí tenemos ese texto plagado de contradicciones que es la última *Botella*.)

Mi amigo, que entiende de tales temas más que yo, aventura la hipótesis de que el náufrago era —o es— un anciano ermitaño que enloqueció de soledad. Con todo, debo admitir que a veces la robusta mente de mi amigo sucumbe ante los cantos de sirena del irracionalismo. (Nota del Editor.)

## Los trabajos de Nauf y Batichica (paralipómena)<sup>60</sup>

NAUF.— *Siempre queda algo de mí en los lugares que frecuento. Pero tengo mucho de mí. Así que no me preocupo.*  
BATICHICA.— *Yo soy ingenua también despierta.*

### Primum

Durante la noche un fuerte temporal azotó el páramo. Al despuntar la aurora dejé mi morada con la intención de buscarte para emprender juntos una expedición de reconocimiento a la central eléctrica. En el trayecto encontré árboles abatidos y calles inundadas, también un perro muerto en una esquina y un hombre con poncho que cargaba un saco de leña sobre sus hombros. Pensé que tal vez te incomodases por mi visita temprana y el día tormentoso. Pero mis temores eran infundados. Al acercarme a la fonda en donde te hospedabas observé que salías de ella por su puerta principal, con tu mochila en una mano y una taza de café en la otra. Llevabas puesto un tapado de cuero, negro y largo. Un sombrero aludo te cubría la mayor parte del rostro.

Después de intercambiar unas palabras, te convidé un sándwich de conejo y un trago de aguardiente. Comiste el sándwich en silencio y echaste el licor en la taza de café. Una carreta vacilante, tirada por dos bueyes macizos, pasó frente a nosotros. Sonreíste mientras te limpiabas la boca con una servilleta de papel. Juntos enfilamos hacia el Oeste, rumbo a las montañas recién nacidas. Tú sabías, al igual que yo, que antes de llegar a ellas había un bosque y que más allá de éste, atravesando un puente desvencijado, al pie de un cerro, estaba la planta generadora de electricidad. Cuando las últimas casas del pueblo eran poco más que manchas borrosas en lontananza, me dijiste: «¡Jijiji!», y te pusiste a canturrear una tonada desconocida para mí.

*Lindo gato y lindo perro salieron a pasear juntos.*

Yo marchaba a tu vera, taciturno, dando grandes zancadas, entretanto tú desgranabas con magistral parsimonia los sonidos de la estrafalaria canción.

---

<sup>60</sup>No creo errar si digo que esta inusitada adenda evoca el folletín decimonónico. Mas con ello no alcanzo a dilucidar su origen. Tal vez se trate de un inocente ejercicio literario. (Nota del Editor.)

*Lindo gato le dijo a lindo perro:  
Todos los perros son iguales.*

Era como un canto a la paz entre las especies compuesto por un delirante y entonado por una ninfa de las selvas vírgenes.

*Lindo perro le contestó a lindo gato:  
No todos los perros son iguales.*

La candidez de su letra me hizo más llevadero el viaje. La voz melodiosa de su intérprete poseía virtudes balsámicas para mí. Ahora todo a mi alrededor se deslizaba armoniosamente, sin importar el sendero escabroso ni la destemplanza del día.

*No todos los perros son iguales. . .*<sup>61</sup>

Con su proverbial bonhomía, Batichica estaba consiguiendo, una vez más, dulcificar nuestros trabajos.

Habríamos recorrido cinco kilómetros cuando comenzó a nevar copiosamente. Te pregunté si preferías regresar al poblado. Me respondiste que nunca una nevazón había detenido a Batichica. ¿Claudicar? ¡Jamás! Sólo se claudica ante la verdad. Entonces continuamos caminando, pese al frío intenso y a la nieve que caía como en las películas. Pero, afortunadamente, esto no era una película.

Al hallarnos a escasos cien metros del puente avistamos las chimeneas de la usina eléctrica. Te miré a los ojos. En ese momento volteaste tu cabeza hacia el lado del río. Una bandada de aves chillonas alzó vuelo. A la distancia se veía un gigantesco alud que se precipitaba ruidosamente hacia el lugar en donde estábamos. Creo que me comentaste algo relacionado con la energía cinética y la fragilidad humana. De inmediato nos alejamos de allí al trote. Recuerdo que cargabas tu mochila de lona verde, por cuya amplia boca asomaba un jarro de aluminio. La nieve no cesaba de caer, lenta e indiferente a nuestro drama.

Luego de numerosas vicisitudes logramos retornar a nuestra base de operaciones en el páramo. Anohecía. Bajo un cielo de color añil transitamos a duras penas las últimas cuerdas que nos restaban para llegar hasta el centro de esa aldea con ínfulas de ciudad. Algunos perros ladraban animosamente

<sup>61</sup>Sin duda esta excéntrica sextina parodia las composiciones de Leo Maslíah.

al amparo de una tapia encalada. Estábamos exhaustos, hambrientos y helados, aunque indemnes. En el camino habíamos perdido tu sombrero aludo y mi abrigo de piel de conejo. Prometimos resarcirnos de ello con creces. Optaste por volver a la fonda. Desde su entrada me dijiste:

—Venceremos, Nauf.

Detrás de ti, en el calefaccionado recibidor, un empleado cambiaba el aserrín del piso. En la acera se respiraba un aire saturado de humo. Lloviznaba.

## Secundum

Suena el teléfono. Miro el reloj a través de las telarañas del sueño. Son las 5.13 de la mañana. El termómetro de mi oficina marca  $-7^{\circ}C$ . ¿Quién puede llamarme a hora tan intempestiva? Sí —me contesto—, existe alguien en este planeta que puede hacer semejante cosa y yo sé quién es. Asiento a cuanto me dice con un lacónico adverbio.

Recojo las mantas del entarimado en donde suelo dormir y me doy una ducha de agua fría. No conozco nada mejor que esto para iniciar un día productivo. Ni más saludable tampoco. Me visto con rapidez, pues el tiempo apremia. A veces, especialmente en días de helada, me duele un poco mi pierna contusa. Hoy no es la excepción. Transpongo el umbral medio cojeando, pero de buen ánimo. Al cerrar la puerta de la Casa del Páramo me coloco mi flamante gabán de piel de conejo. Aún tiene olor a grasa. Estoy de estreno, mascullo entretanto me lo abrocho. Me siento feliz por ello. Qué raro, ya no me duele mi herida más reciente.

Mi compañera de andanzas me espera en el *Bar del Turco*, tal como acordamos por teléfono. Son las 5.37 de una madrugada heladísima. El pavimento reluce alfombrado por una gruesa costra de hielo. Las veredas se tornan resbaladizas. Hay que pisar con tiento a fin de evitar una costalada. Seguramente hoy brillará el Sol.

Doblando la esquina, a pasos de la taberna, un afiche pegado a un muro sin revoque reclama mi atención imperiosamente:

**Proyecto Náufana**, un plan de vivienda existencial  
para los más desamparados.

Sonrío, me aliso el bigote con un dejo de complacencia y apuro el tranco. Pienso en que es un aviso halagüeño: *Fortaleza y generosidad*, tal como

razonaba el cristalino Spinoza. Son éstos los elementos que se requieren para cimentar nuestro modesto y efímero Jardín de las Hespérides. Eso es todo. . .

Al entrar veo a mi amiga sentada a una mesa, al fondo del local, con un vaso de whisky delante de su cara roja de frío. Ha depositado su mochila en el piso. Apoyada contra una pata de la mesa vecina, me evoca la imagen de un equenco vegetal, verdoso y un tanto grotesco. Dos parroquianos conversan animadamente. Un mozo asienta con delicadeza una campana de vidrio sobre un rimero de escalopes. El aire huele a café y frituras.

—Hace mucho frío, Nauf —me informa, como disculpándose—. Es muy temprano para desayunar —agrega Batichica, exhibiendo una sonrisa cómplice que apenas entreveo.

Yo la comprendo, aun cuando nunca nos hayamos mirado a los ojos. Eso es más propio de las telenovelas. Son sus actos los que nos dan una mediana comprensión de las personas.

Abandonamos el restaurante con andar cansino. De golpe la calle se nos aparece solitaria y escarchada. Un perro se despereza pausadamente junto a un atado de diarios. Nuestro taconeo suena desolado en la oscuridad. Nos encaminamos en dirección al Oeste, hacia donde hace ya más de un año descubrí el vetusto edificio con fisonomía de usina eléctrica. Mi pareja se levanta las anchas solapas de su abrigo de piel de conejo, bastante parecido al mío, que yo mismo le confeccioné cuando Pangea se escindió por primera vez. Se pone a cantar una canción. El vapor surge de su boca al ritmo de un blues pastoso.

Al adentrarnos en el bosque le echamos un último vistazo al pueblo que dejamos a nuestras espaldas. Las luces del mísero villorrio titilan como si tuvieran frío. Mi amiga me sugiere que mire el cielo antes de continuar avanzando.

—En los bosques no hay estrellas, mi querido Nauf —me explica sin mirarme, como es su costumbre.

Al cabo de una tranquila caminata que duró una hora aproximadamente, divisamos a lo lejos el salto de agua. Desde el costado izquierdo un estrépito apabullante aflúa hacia nosotros en oleadas cada vez más vigorosas.

—¿Es la cascada, Nauf?

—Sí. . . Fíjate en esos conejos que cruzan a toda prisa la senda. Parece como que algún otro animal los persigue.

### Tertium

De repente oímos un tronar prolongado, que ascendía de las profundidades de la Tierra, e instantes después el suelo empezó a vibrar debajo de nuestras plantas. Mi amiga se abrazó a un joven alerce, que era lo que a la sazón tenía más a su alcance. Yo le grité estentóreamente «¡*corramos hacia ese claro!*». Al fin, tambaleándonos, cayéndonos y poniéndonos de pie a cada paso, logramos llegar a un espacio libre de árboles, cubierto de pasto corto y ralo. Algunos cipreses añosos, ya a medio secar, yacían en el terreno. El canto desapacible de un pájaro nos llegó desde una lejanía vertiginosa. El sismo había pasado, pero temíamos que se produjera un maremoto en breve tiempo más. Tampoco descartábamos la posibilidad de que el movimiento telúrico hubiese tocado el lecho marino con las consecuencias que ello suele acarrear.

No obstante, decidimos seguir andando rumbo a la vieja fábrica que parecía ser una central eléctrica. Sabíamos que aunque no diéramos con ella siempre estaríamos más protegidos si nos internábamos en el continente. Cuanto más apartados del mar estuviésemos menos riesgos correríamos de ser arrastrados por una ola de puerto.

Mi amiga se encasquetó aún más su gorro de piel —si ello fuera posible— y se dispuso a comer una barra de chocolate blanco. Parpadeaba el Sol entre el alto follaje de las coníferas. Las uñas negras de sus manos andariegas recordaban grandes hormigas moviéndose acompasadamente por encima de la tableta. Le pregunté si se sentía bien. Entre un mordisco y otro me respondió que sí y que el chocolate estaba sabroso.

Proseguimos avanzando, ya más relajados, si bien todavía temerosos de que se produjese un tsunami. De sobra conocíamos la índole imprevisible de la naturaleza del páramo.

Después de varias horas de marcha extenuante pisamos casi con regocijo las tablas del puente. Las enredaderas colgaban flácidamente sobre nuestras cabezas. El entablado crujía bajo nuestros pies cautelosos. De vez en cuando la estructura oscilaba, se bamboleaba con pesadez a impulsos de una ventisca incipiente. Mi acompañante se dirigió hacia la baranda, reclinó su torso contra la malla de alambres herrumbrados y suspiró. Permaneció unos segundos en esa posición, como hipnotizada por las aguas del río que corría por debajo de nosotros. De pronto se quitó el gorro y fijó su vista en algún

punto distante. Ahora un horizonte invisible se extendía tácitamente frente a nuestros ojos.

—Nauf, todo fluye.

Ya habíamos franqueado el puente cuando a la vuelta de una curva del camino se nos presentó de improviso, majestuoso e intimidante, el edificio de lo que sospechábamos que era una planta generadora de electricidad. Como tentáculos disparados desde una tronera salían de él unos gruesos cables de alta tensión. Un ruido monótono de motores y un olor a carbón de piedra nos reafirmaron en la idea de que se trataba de una antigua usina eléctrica. Detrás de su imponente figura se erguía un cerro levemente cónico, salpicado de arbustos vencidos por los vientos del páramo.

—Nauf, es más misterioso usted que esta mole rocambolesca.

En ese momento un individuo rechoncho irrumpió desde el interior de la enorme construcción. Batichica ya ostentaba en su mano derecha la reverberante *Victorinox*<sup>62</sup> que la había hecho tan famosa.

—¡Ahijuna!...

## Algunos diálogos del próximo capítulo de nuestro e-folletín

### 1

—¿Dónde pongo al Nauf?

—Amplíe su casa. Yo la ayudo.

—Temo quedar a la intemperie.

—Entonces es que nunca tuvo casa. En estas materias son frecuentes los espejismos.

—¿Insinúa acaso que mi hogar es una fantasía creada por mi imaginación?

—¡No! ¡Líbreme de ello el Gran Pitufo Constructor! Ocurre que a veces nos habituamos a percibir el universo a través de una lupa.

—De ser así, ¿cómo se podría prevenir esta distorsión cognitiva?

—Cuando amanece en la llanura cuídese de la Fata Morgana, mi estimada Batichica.

---

<sup>62</sup>Denominación coloquial de la navaja suiza o SAK (*Swiss Army Knife*). (Nota del Editor.)

2

—¿Se hizo medir sus niveles de dopamina, serotonina y noradrenalina?

—Todavía no. Examínemelos usted, Nauf del Páramo Florido. Si gusta, claro está. ¡Ah! Y no olvide la oxitocina.

—Lamento decirle que no podré hacerlo. Nos encontramos muy lejos de mi laboratorio.

—¡Ufa! ¡Siempre tan idealista usted!

3

—Nauf, volvamos a casa. La deriva continental es implacable. Además, observo que han comenzado a extinguirse los trilobites. Mala señal... Usted sabe: no somos nada.

—Pertinente solicitud la suya, mi estimada Batichica. Cruzaremos el Mar de Tethys a la altura del farallón del Norte. ¿Le parece bien?

—Chi.

4

—¿Falta mucho para que lleguemos a Vesta?<sup>63</sup>

—... Unos cuantos meses. Recuerde que el motor de propulsión iónica es fiable pero lento.

—Claro... Entonces, Nauf, prosigamos tomando mate con peperina.

To Be Continued...<sup>64</sup>

---

<sup>63</sup>Se trata de la sonda *Dawn*, que orbitará el susodicho asteroide a partir de octubre de 2011. La pregunta resulta intrigante, pues la nave no es tripulada, sino robótica. Por otro lado, este cuarto fragmento —en conjunto con el tercero— viola olímpicamente las tres unidades aristotélicas. En un mismo capítulo del folletín los protagonistas realizan un viaje entre protocontinentes a la vez que surcan el espacio de nuestro sistema solar con rumbo al cinturón de asteroides. Toda una manifestación de heterodoxia por lo que toca a los cánones instituidos por el Estagirita. (Nota del Editor.)

<sup>64</sup>Supongo que esta conclusión inopinada obedece a una finalidad paródica. (Nota del Editor.)

## Copia de un mensaje electrónico enviado a la dama de la otra orilla

Mi apreciada musa:

Estuve cogitando (entienda correctamente el término, por favor), acerca de los atributos y demás zarandajas divinas que tendría la diosa consorte, al antiguo uso de las divinidades mesopotámicas (no quiero decir correntinas o algo semejante, de seguro usted comprende la diferencia). Siempre y cuando, claro está, que ambos deseemos de corazón alcanzar tan elevado sitio. Primeramente, la susodicha debiera ataviarse con un brillante traje de vinilo negro con adornos o fileteados de colores rojo y verde. También supongo conveniente el uso de un símbolo distintivo, que en estos casos debe poseer connotaciones fálico-tecnológicas. Para tal propósito me parece de lo más adecuado la figura de un taladro eléctrico, marca *Black and Decker*. Finalmente, su cabello estaría peinado a la usanza griega clásica, tal como se ilustra en numerosas estatuas que nos han quedado de este período. Con respecto a otros detalles, juzgo pertinente mantener una conversación entre los futuros dioses del Páramo para llegar a un acuerdo.

[...]

Lo siguiente, mi estimada amiga, es un bosquejo de la religión que renovará a los hombres y mujeres de nuestro planeta. Huelga señalar que resta muchísimo por hacer. Toda religión es una gran obra fantástica, cuya factura siempre es ardua. No obstante lo dicho, cabe tener presente que en el terreno religioso cualquier nueva creencia es vieja.

Los colores de tu traje tienen profundas significaciones simbólicas. Así, el negro representa la noche, estado primordial del Universo antes de la volición divina. (Ya lo manifestó la Diosa en uno de sus avatares: «en la noche todo es absoluto».) El rojo y el verde aluden a la sangre y savia del mundo regenerado por la intervención de la Diosa Consorte. Asimismo, tanto el material como el diseño del atuendo evocan el aspecto de los seres de la mitología ufológica. Por otro lado, el taladro eléctrico —figura fálico-tecnológica por excelencia— ilustra la actitud vital de las divinidades del Páramo, la que se explicita en el lema: «lo que no hacemos con nuestros genitales lo hacemos con nuestro cerebro». Posiblemente sea éste el símbolo fundante de la nueva religión, y el de más difícil comprensión para los neófitos.

El peinado griego simboliza el recato maternal, la belleza serena de quien está más allá de todas las pasiones sublunares. Este tocado obrará a modo de contraste efectista en las diversas ceremonias que tendrá el nuevo culto. En las hierogamias —que las habrá, y con profusión— la Diosa se soltará el cabello ante los fieles y sacudirá su rubia cabellera como si de una pichicha se tratase, provocando con esto una intensa catarsis en la multitud extasiada. A nuestro zigurat lo denominaremos Cuartito Azul. Será a un tiempo palacio, templo y santuario. Consistirá en un amplio salón, coronado por un domo, en cuya cara interior estará representado el cielo estrellado del hemisferio austral. Sólo los Dioses Consortes podrán ingresar a él.

La liturgia constará de diversas partes, aunque se procurará que no alcance complejidades bizantinas. El vestuario de la Diosa Consorte estará integrado por dos trajes, uno ceremonial y otro de viajera incógnita. El primero será el ya conocido traje de vinilo con cierre relámpago o cremallera en su parte trasera, desde la nuca hasta donde la espalda se torna más interesante. El mismo se completará con un sombrero aludo y unas botitas plateadas, de taco alto y con hebillas doradas. El otro atuendo estará compuesto por un enterito, también de vinilo y con los colores sacros, unas zapatillas y un abrigo talar, confeccionado con pieles de conejos silvestres (animal totémico de la nueva religión). Para sus andanzas por el Páramo la Diosa Consorte usará una popular máscara de soldar, exquisitamente damasquinada, puesto que desde Homero se sabe que ningún mortal puede mirar a los ojos a un dios sin morir por ello. ¡Tan radiantes son sus celestiales rostros!

El Dios Consorte, llamado por los iniciados «Nauf, Señor del Páramo Florido», vestirá un taparrabos de piel de conejo, fabricado por la Diosa Consorte en sus ratos libres, cuando su compañero sagrado recorre el Páramo en busca de alimentos y combustible para las estufas del templo. Cubrirá su velludo torso con un sacón del mismo material y calzará unas botas de caña alta. De sus recios hombros colgarán sendos zurrones, uno de ellos destinado a transportar las piezas cobradas. El otro contendrá las cartas de amor de la Diosa Consorte, las que, como si fuesen un amuleto infalible, lo protegerán de la intemperie. En días de fuertes lluvias se cubrirá con un capote mariner, que él mismo tejió cuando el mundo aún no había sido creado por los Dioses Consortes y había barcos en el Océano Primordial. Debido a su tendencia al priapismo, más que nada motivado por la cercanía de su pareja divina, usará una faltriquera *ad hoc*. Mediante ella guardará las apariencias. . .

Creo conveniente explayarme aquí acerca de algunos pormenores de nuestra religión, que al fin de cuentas es la que otrora instituyeron los dioses tutelares del Páramo. De seguro que con esto no agotaré, ni por asomo, el riquísimo venero de tradiciones que entretejen el cañamazo de un culto tan antiguo y complejo como es este.

Se llega a la mansión de los dioses a través de un dromos flanqueado de pinos. El caminito sublime se ubica en el lado norte del zigurat, junto a un arroyuelo que corre entre peñas. Allí las coníferas sagradas exhalan su aroma de trementina y el viento susurra entre el follaje. La magia de este sitio arroba al transeúnte desprevenido, incitándolo a ser feliz sin remordimientos. Al emprender el ascenso por la rampa el peregrino divisa, en violento escorzo, la puerta batiente del templo. Ésta es de alerce centenario y emite un brillo cobrizo, que en los atardeceres del Páramo se confunde con los fulgores del crepúsculo. De más cerca, el visitante observa que toda ella ha sido labrada primorosamente por hábiles ebanistas. En cada losange se ha esculpido un bajorrelieve que representa alguna escena de la romántica vida de los Dioses Consortes. Aquí el encuentro en el apeadero, allí el descubrimiento de la usina eléctrica, en este rombo el viaje iniciático allende las Montañas del Oeste, en este otro el destello deslumbrante de los dos cuerpos sagrados que se funden en la penumbra de la alcoba, y en el centro del magnífico tablero el Abrazo Náutico, considerado por los iniciados como el alfa y omega del culto divino.

El edificio está dispuesto de manera tal que sus dos ventanales, uno orientado hacia el Este y otro hacia el Oeste, posibilitan a sus moradores deleitarse con las salidas y puestas del Sol. En su diseño los dioses quisieron plasmar una metáfora arquitectónica que perdurase hasta el término de los siglos. Orto y ocaso del día, principio y fin de la vida, *big bang* y *big crunch* del universo; en fin, la evolución sideral implícita en la dirección de las dos aberturas. Un *memento mori* contundente que atraviesa las eras sin menoscabo de su elocuencia empírica. Al caer la noche, en un rito ancestral, cada uno de los Dioses Consortes desenrolla una de las esteras que cubrirán, a guisa de cortinas, las ventanas cósmicas del templo. Entonces la noche primigenia retorna al orbe y todo es absoluto en él. Los Dioses duermen apaciblemente.

En un rincón de la habitación se levanta el *árbol calamar*, que la Diosa Consorte creó con sus propias manos en un rapto de inspiración erótica. Su tallo succulento, de ramaje intrincado, recuerda al Grupo de Laocoonte

en su exasperación por desprenderse de las ataduras terrenales. Cuentan las consejas que al llegar la primavera su creadora hace brotar pajaritos multicolores de las ramas del fabuloso árbol.

Frente a él, cercana a la pared sur, se yergue la estufa de leña que guarda el fuego sagrado de los Dioses Consortes. Es de hierro fundido y los propios Dioses la forjaron en su taller palatino. En las noches gélidas del invierno austral se ve humear su chimenea desde varios kilómetros de distancia. Los lugareños afirman que su presencia les infunde sentimientos de seguridad y que la intemperie se atenúa ante semejante visión. Nada malo puede ocurrir, dicen, si está encendido el fuego del hogar divino.

Ellos duermen desnudos, sobre el entarimado del sanctasanctorum, en cálidos cobertores hechos de piel de conejo silvestre. A veces, en la alta noche, la Diosa sacude sus piernas andariegas, como si estuviese soñando que corretea por sus dominios en pos del Nauf peludito.

La nueva creencia posee un número indefinido de días sagrados, ya que su cualidad de sacros depende del estado de ánimo de la Pareja Celestial. Sin embargo, éstos son los más frecuentes debido a que evocan sucesos de gran trascendencia para la comunidad espiritual del Páramo.

**Epifanía del Amor Sublime.** Se celebra en viernes. En este día se conmemora el encuentro de los Dioses Consortes en el Apeadero del Páramo. Algunos aprovechan la festividad para comer papas fritas untadas en salsa de mostaza.

**Exaltación de los Cuerpos Divinos.** Se celebra en sábado y es fiesta de guardar. En este día se recuerda el momento en que los Dioses Consortes accedieron al conocimiento íntimo del otro. El suceso acaeció en el *Pinar de un solo pino*, a dos y media jornadas de las Montañas del Oeste, sobre el camino que une el Océano Primordial con el País de las Vastas Llanuras. Cerca de allí se halla la Cascada del Páramo. Hoy día el lugar constituye el destino frecuente de jóvenes romeros que acuden hasta allí en busca de sosiego para sus penas de amor. De este hecho crucial nace la religión del Páramo.

**Día de los Viandantes Enamorados.** Se celebra en domingo. En este día se rememora el viaje tramontano que hicieron los Dioses Consortes con el propósito de ahondar en el conocimiento íntimo de sus cuerpos sagrados.

**Descubrimiento de las Fuentes.** Se celebra en lunes. En este día se conmemoran la expedición que realizó la Pareja Divina a la central eléctrica y el segundo avatar de la Diosa Consorte. Es una festividad riquísima en contenidos alegóricos. Entre otras muchas cosas, este acontecimiento motivó la incorporación del taladro eléctrico a la liturgia e introdujo la costumbre de emplear la navaja *Victorinox* en la resolución de los conflictos sociales.

**Comunión de los Cuerpos Originarios.** Se celebra en martes. En este día se recuerda la fusión de los Dioses Singulares, quienes hasta ese entonces habitaban en costas opuestas de Pangea. El magno evento ocurrió en la Casa Paraíso, en donde los dos espíritus cósmicos crearon a partir de sí mismos el Abrazo Náutico, que es la quintaesencia del Amor Inclaudicable y genitor de la nueva religión.

En la festividad de la Exaltación de los Cuerpos Divinos los fieles se reúnen en derredor del enhiesto zigurat a fin de adorar a los Dioses Consortes. Las carnes humean en las kilométricas parrillas y las profundas ollas rebosan de guiso de lentejas con salsa de tomates. Los barriles de cerveza se vacían con premura y el mate amargo corre de mano en mano llevando consigo su mensaje de amor universal. También hay fuentes innúmeras, en donde la rúcula se mezcla con el ajo y la cebolla, y espetones agobiados de tiernos conejos. Para la ocasión la celestial pareja viste sus paramentos sacerdotales (camisón rosado de franela y piyama verde desteñido). Al caer la noche, la muchedumbre extasiada observa desde la lejanía a los dioses vivientes salir del Cuartito Azul. Llevan sus cabezas adornadas con ramitas de pino y mientras sonríen embelesados mastican una tableta de chocolate. Entonces saludan con la mano derecha a la vez que pronuncian estas aladas palabras: «Que descansen, queridos amigos. Hasta mañana». Con este gesto protocolar concluye la mayor ceremonia pública de la religión del Páramo, suerte de comunión apolínea, no exenta de sutil poesía.

El panteón de la nueva fe se compone —hasta el momento— de la Pareja Original y del Dios de las Marismas Lúgubres, llamado familiarmente El Amolador. Éste tala los pinos sagrados del Parque de los Suspiros, remueve las techumbres, remece las casas y pulveriza las montañas más soberbias. Acostumbra a deslizarse furtivamente y a irrumpir en los sitios más dispares silbando bajito. Es un merodeador redomado. Todo en él se muestra fugaz

y permanente. Divinidad paradójica, desgasta cuanto halla a su paso. El Amolador erosiona con sus dedos evanescentes tanto los cerros como los llanos del Páramo. Las más duras piedras, la obsidiana y el granito, han sucumbido a sus embates. Los Dioses Consortes le temen.

Chocolate y mate constituyen la ambrosía y el néctar de los Dioses Consortes. En las tardes caniculares beben hidromiel, de a sorbitos, tímidos ante los rebosantes tazones, prolongando aposta el gozo. Algunos ancianos cuentan que en los atardeceres bochornosos, cuando la pedagógica cigarra canta con persistencia irritante, han visto de lejos a la Diosa Consorte sacarse el pañuelito que suele llevar atado a su cuello y mojarlo en el agua del riachuelo. Barruntan que es un rito arcaico, de cuando Pangea aún no se había dividido, y que tiene por finalidad atenuar los rigores del estío. Algunos escépticos aseveran que es un acto de magia simpática.

Durante los inviernos, que en el Páramo suelen ser lluviosos además de muy fríos, comen en abundancia pizza de chorizo colorado y guiso de lentejas con salsa de tomates, manjares que cuecen amorosamente en una cocina económica o en un horno de barro, según sea la festividad de ese día. En esta época del año la Diosa lleva puesto un collar de aljófara y el Dios un anillo de plata y lapislázuli.

En el Día de los Viandantes Enamorados la Diosa Consorte adereza con sus propias manos una ensalada de rúcula con ajo y cebolla entretanto Nauf, Señor del Páramo Florido, asa carne de vacas consagradas a los númenes agrícolas. Una vez concluida la preparación de los alimentos, los Dioses Consortes se sientan a una mesa de abeto, casi toda cubierta de verduras lozanas y carnes pingües. Comen mirándose a los ojos mientras a lo lejos —tal vez desde el pasado geológico más remoto— les llega una canción que les produce escalofríos y copiosa nostalgia. *Calling you* canta una voz de mujer. *Calling you*, insiste. . .

En el Huerto Sagrado los Dioses Consortes cultivan hortalizas diversas. Para ello han construido un invernadero espléndido, que semeja una tienda medieval, en cuyos palos ondean gallardos unos pendones verdes y rojos. En él crecen saludables los pimientos morrones y los tomates, las lechugas y las acelgas. No es extraño ver en las tardes al Dios Consorte concentrado en las labores hortelanas, ajeno tanto al frío como a la nieve. Sólo El Amolador, que a veces derriba el habitáculo, puede apartarlo de su noble tarea.

Los Dioses Consortes han estatuido Trece Sugerencias, pues el autoritarismo les inspira una repugnancia visceral. Estas sugerencias pueden ser cambiadas conforme muden las necesidades de los fieles. El dogmatismo religioso sólo genera sufrimiento y aleja a los mortales del Cuartito Azul, culmen de la felicidad epicúrea. Detrás de los dogmas se agazapa El Amolador.

He aquí las Trece Sugerencias, siempre provisorias, por cierto:

1. Hacer el amor.
2. Dejarse crecer el bigote o el vello púbico.
3. Abrazarse.
4. Cocinar en pareja.
5. Reírse de los seres engolados.
6. Corretear por el Páramo.
7. Hacer agujeritos con el taladro eléctrico.
8. Pelearse por fruslerías.
9. Cazar conejos silvestres.
10. Descubrir nuevos mundos.
11. Dialogar mucho.
12. Comer chocolate.
13. Rehacer el amor.

En fin, alabados sean los Dioses Consortes. Amén.

--

Dios Consorte

[delta.cefeida@gmail.com](mailto:delta.cefeida@gmail.com)

*The effort to understand the universe is one of the very few things that lifts human life a little above the level of farce, and gives it some of the grace of tragedy.*

(Steven Weinberg, The First Three Minutes.)

## Breve reposo (parerga)

Me asomé por la ventana, a ver un mundo diferente, cuyo acceso me estaba vedado. Al rato regresé a mis quehaceres domésticos. Desde entonces acostumbro a obrar con cautela. No vaya a ser que por un desperfecto de mi brújula esté volviendo a mí mismo una y otra vez.

Una cuarteta de autor anónimo y fecha insegura explicita mi posición al respecto de manera bastante más apropiada. Leedla con atención:

*Vuelvo al lugar donde nunca estuve  
a buscar en la trama de todos mis años <sup>65</sup>  
la luz que ilumine lo que nunca tuve,  
la Heliópolis de todos mis desengaños.*

¿Qué os parece? En realidad, es mucho mejor que mi prosa adusta, incapaz de reflejar el traje de Batichica siquiera.

En resumen, necesito regresar a la civilización. En ella el amor sabe más dulce y mis acciones se revisten de una dignidad desconocida aquí. En este ámbito agreste, donde el vivir se reduce a vegetar disimuladamente, agonizo en medio de dolores indecibles.

En fin, solamente aspiro a tomar mate a la sombra del *árbol calamar*.<sup>66</sup> Bajo su ramaje voluptuoso hallaré el sosiego que tanto ansío. (A veces todo está tan mal que sólo cabe ser optimista.)

```
/* Función de Ackermann escrita en C. */  
int fa(int m, int n) {  
    if (m == 0)  
        return n + 1;  
    else if (n == 0)  
        return fa(m - 1, 1);  
    else  
        return fa(m - 1, fa(m, n - 1));  
    return 0;  
}
```

---

<sup>65</sup>Estos versos de pésima factura, escanciados torpemente, podrían deberse a la pluma de algún epígono de J. L. Borges. (Nota del Editor.)

<sup>66</sup>Árbol exótico, de belleza singular, que crece exclusivamente en una selva portentosa, cuyo nombre por el momento no estoy autorizado a revelar. (Nota del Editor.)

## Monólogo interior de un náufrago<sup>67</sup>

Hoy tengo ánimo, el ánimo necesario como para cambiar mi vida, al fin todo está en orden, ya no siento ese dolor insoportable, en serio, el naufragio, la soledad del páramo y la humillación de la vejez se esfumaron, todo esto pasó definitivamente, ahora mi vida está en orden, sin duda... *Houston, Tranquility Base here. The Eagle has landed...* ¡qué bien se está así!, las piernas flojitas, las manos apoyadas en el pecho, parece blando el piso, madera de raulí, así se llama, creo, se ve diferente desde abajo, otra perspectiva, claro, la vida es como te la tomas, esa filosofía de baratillo, relativismo absoluto, ¡jua!, oxímoron obsceno, ¡cómo prende!, la mujer de la otra orilla era púdica, también acogedora como un refugio de alta montaña, reconozco que me es imposible salir de aquí, condenado, eso... estoy condenado, estoy en una encerrona fatal... ¡joder!... procrear es un acto de crueldad... demandaría a mis padres por haberme engendrado... y sí: suicida es el que se suicidó, Perogrullo dixit pero pocos entienden, *capisce?*... ¡oh!, el viento, lo oigo silbar en los alambres del tendedero, viene tormenta, se oye distante todavía, las chimeneas resuenan, cantan, retumban, ¿estará lejos o seré yo el que está lejos del viento?, relativismo posmo, me fascina el viento, cómo me gustaba sentirlo en la cara montado en la Harley Davidson voy a tomar la ruta tres, *no abandonar Carhué al huinca...* ¡en qué pelotudez estoy pensando!, ¡hasta Ushuaia no paroooooo!... ejem... un poco de compostura che... ¡qué linda la mujer de la otra orilla!, ¡cuánto nos amábamos!, todo hay que decirlo, hostería *El ciprés...* o alguna otra conífera... al nombre me refiero, dos potencias humanas se abrazaron allí principió nuestra amorosa andadura, quizás escore, la embarcación, digo, se avecina una tempestad, cosa frecuente en estos parajes, ¿en dónde se habrán guarecido los dinosaurios?, está cayendo el primer aguacero, ¡pucha que hace frío!, tengo los pies helados, siento tanto frío como aquella vez que me tragué varias pepas juntas, de un saque me las tomé en la esquina de Independencia y Urquiza, ¡qué mambo!, las patitas frías de Sócrates... en el Fedón si no me equivoco... ¡arrímese al fogón, aparceró!, bueno, como

<sup>67</sup>Desde Joyce —me dice mi amigo socarronamente—, cualquier narración que se precie debe incluir un *monólogo interior*. Por otra parte, añade con audacia, hacemos lo que hacemos porque la necesidad nos impele a hacerlo. No hay méritos ni culpas en nuestro comportamiento. En una próxima edición nos explayaremos minuciosamente respecto de este inusitado monólogo. (Es una mera frase retórica, puesto que los actuales sintetizadores de voz no pueden escribir por sí solos.) (Nota del Editor.)

decíamos ayer, ya no queda arcilla ni servidor de chat ni corriente marina, se pudrió todo, estoy aislado, es evidente, si estoy en una isla o en un continente que es como una isla, ya se sabe, mi presente ubicación es relativa, en fin, toda filosofía deviene en teología laica, ¡ja!, no podría ser de otro modo, la creencia en la razón filosófica es un acto de fe... pavadas de burgueses a salvo de la intemperie, ya no saben qué inventar, a propósito de intemperies, Pla, buen sujeto el rosarino, excelente escritor, olvidado, como yo aquí, en este puto andurrial, y ya que surgió el tema: debo diseñar una página web, ¡obvio!, las circunstancias así lo ameritan, ¿o no, viejo?, es preciso pensarlo con calma, se trata de un asunto complejo, primeramente necesitás que alguien te ayude, solo no podés hacerlo, no obstante las ideas languidecen en los libros, al pedo como filósofos, es una labor vana escribir, el silencio es el carozo de las palabras, cuando no tenemos nada que decir hacemos literatura... *flatus voci*... la literatura como atrezo cultural, pingüe negocio al menos, los bestsellers, únicamente las bitácoras merecen ser leídas, añeja aspiración de Fenimore Cooper, amén, lo otro paraguas para burgueses, tengo acidez, ¡puaj!, ¡a la mierda con los géneros literarios!, no existe persona más incomprendida que el suicida, ¿estaban enterados de tamaña verdad monda y lironda?, sospecho que no, es jodida la intemperie, ella lo sabe mejor que yo, no se puede escapar del páramo, mi barco navegaba en círculos, recién hoy me percaté de ello, naufragué hace tiempo, no recuerdo cuándo, ¡esta memoria mía!, nos vamos poniendo viejos... cuando no podemos hacer ciencia filosofamos, voluble oficio el de levantar castillos conceptuales a espaldas de la realidad... me-casé-emigramos-tuvimos-un-hijo-autista-memetió-los-cuernos-acabé-en-la-bancarrotita, ineluctable, y a los tumbos arribé a este lugar calamitoso, que no sé si es isla o continente, que ni siquiera figura en las cartas de navegación, un auténtico enigma para quienes sufran de pereza intelectual, ¡ah!, Demócrito y Epicuro dieron en el clavo, por casualidad indudablemente, ¡qué placentero!, el piso se siente mullido y el viento gimotea en las chimeneas, ¿qué más puedo pedir?, confort proletario, escribiré un ensayo acerca de la intemperie y el carácter burgués, o de cómo andar en cueros por la vida habiendo tantas tiendas abiertas, barrunto que no incurriré en tal desatino, no tendré tiempo suficiente, ¡da lo mismo!, Amelia marxista, ultra, la muy guacha le tiró dos sillas al cana, ¡qué épocas aquellas!, el pensamiento judeocristiano en acción, la praxis, como se estilaba decir, y llevado hasta algunas de sus últimas consecuencias, los sueños utópicos devienen en

pesadillas mortales, lo experimentamos en carne propia, ¡oh, sí, señor!, tanta crispación onírica nos desjarretó el porvenir, ingresábamos al Partido como a un convento, las religiones abrahámicas son como la Hidra de Lerna, ¡cuánta ingenuidad de nuestra parte!, el botón está debajo de la ventana, intentan desalojarnos, ¡cómo le estropearon la cara!, le dan leña hasta cansarse, pobre mina, estudiaba mucho, era santiagueña, vivía en una pensión del Once, nunca deseé encamarme con ella, insólito... me ha llevado mucho tiempo llegar a ser ignorante... *La Perla*... Tanguito... *Pato trabaja en una carnicería*... una página web sobre un novelista olvidado, ¿motivos?, justicia poética porque de la otra nones, ¿alguno se apunta al proyecto?, intemperie de Amelia o de Claudia o de Diego que cursaba Informática y recitaba a Shelley, Claudia católica y convencida de que iría al cielo, Gagarin fue al cielo, Armstrong también, y tantos otros, los astronautas van al cielo, los cristianos van a la tumba, como todos al fin y al cabo, y los psicoanalistas a Punta del Este, curioso fenómeno este, sólo en Argentina y en Francia, también en Manhattan, pseudociencia, sucede que hay que hacer guita, es un imperativo biológico, ergo... pensemos: existen problemas que tienen solución y problemas que son insolubles, los que tienen solución se arreglan con plata, los otros no se solucionan, ¡a esto llamo yo mens sana in corpore sano!, más claro echale agua... o inventate otro dualismo, jo jo, ¡vaya timo!, mi vida no tiene sentido, yo le doy sentido a mi vida, ¿es esto tan difícil de entender?, ¡cuánto matute sofístico con el marchamo de sabiduría!... a ver... sí, el computador continúa marchando, otro fenómeno extraño, el ventilador hace ruido, que lo arregle el primero que llegue, si es que alguien arriba alguna vez a estas costas desoladas, culo del mundo, con diarrea encima, andamos escatológicos hoy, en todo caso, deben hacer una expedición arqueológica a la última esperanza en busca del Triscaidecálogo, supongo que resultaría beneficiosa en un amplio sentido, quedan invitados entonces, no me defrauden, espero que mis restos no corran la misma suerte que los de Iruña-Veleia, y no olviden: la frivolidad, la ligereza y la superficialidad con que se vive actualmente nos impiden gozar de nuestras vidas, peroraba el personaje ese de la tele, el curita de medianoche, hemos renunciado a cazar conejos agregaría yo, en síntesis, un programa sensacionalista más, para mí lo alarmante es que si el ventilador deja de funcionar en verano tal vez se queme la fuente de poder, la imaginación al poder, asociación ilícita, lo admito, pero grata a mis oídos, asimismo el cuarto poder, je je, von Neumann

y Shannon, padres de la informática, también Dijkstra y Turing, Turing murió por una razón anal, debemos recordarlo constantemente, eso es relevante, ¿algún homófobo aprobaría su test?, tarea para la casa, ¡ja!, mi vida ha sido como la función de Ackermann, en efecto... semejante a una bola de nieve, ¡ufa!, me olvidé de guardar la leña, se va a humedecer, debiera haberme especializado en domótica, ¡ja ja ja!, visto el exiguo desarrollo de estas sociedades solamente me habría servido para laburar de mayordomo... a estos pueblos australes les faltó su Gettysburg... garúa, pichicha... son gentes y naciones que llegaron con retraso al andén de la Historia... me gustás mucho... aún no saben que del fracaso no se regresa si no es como limosnero... sos linda piba... allá ellos, hoy perdedores consuetudinarios nomás... ¿se nota che que estoy embroncado con estos tipos?, ¡jijijí!... entre paréntesis, la risa de las heroínas es contagiosa... llueve a cántaros, ninguna novedad, obviamente... ¿o sí?, ella quería que camináramos por el páramo tomados de las manos, buscaba un cobijo contra la intemperie, pero Panthalassa es enorme, resulta imposible pasar a la otra orilla disponiendo de tan escasos recursos, fuimos incapaces de soñar atajos o de construir una balsa velera, *«estoy muy solo y triste en este mundo abandonado»*, la dama de la otra orilla nunca supo que mi tiempo era geológico, lástima, jamás conoció los estratos más ricos de este suelo mío, paleontología existencial lo denominaría yo, a este método de conocimiento personal quiero decir, no fue por su culpa ni por la mía, eso queda claro, por lo menos para mí, meridianamente claro... tampoco fue el síndrome de Marienbad nuestro impedimento, ocurre que este mar es infranqueable, si bien no apodícticamente, algunos lo han cruzado airoso, Pizarro y Almagro, conquistadores del Tahuantinsuyo, nombres atroces que atravesando los siglos se dulcifican y me conciernen... ¡caray!, tengo mucho frío, cómo golpea el viento en los postigos, es como si quisiera entrar, ¡uuuuuuy!, ¡qué bochinche!, las olas baten la caleta, cadenciosamente, cadencia... ciosa... mente, mi barco, se va a hundir mi barco, casi con certeza, aunque pensándolo bien qué me importa si sea como fuere no podré abandonar la casa, *«de esta casa salgo vivo o muerto»* le grité a alguien cierta vez, probablemente fuese a mí mismo, no lo sé ni me interesa averiguarlo, ¿o era de la cárcel?, quedan algunas vituallas, tasajo de conejo, unas lonjas de jurel ahumado y una caja con papas, también cebollas y varios kilos de lentejas, las coseché yo mismo, prueba irrefutable de que aún no soy un imbécil integral, sólida argumentación, sí señor, ni me faltan un par

de jugadores, ¿vieron?, je je je... ¡bah!, infundios de mis adversarios intelectuales... tengo hambre, increíble pero cierto, créase o no, digno de Ripley, ¡tengo hambre!, ¿no escuchás los borborismos?, la mujer de la otra orilla... la mujer-faro, ¿cómo se llamaba?, de fijo que no era Molly... me olvidé, o quizás nunca me dijese su nombre, en cambio me acuerdo con nitidez de la facu, qué raro, ¿no?, Amelia con su cara cubierta de sangre, Diego desaparecido, Claudia divorciada, intratable vieja histérica adicta a cualquier superstición de la *New Age*, yo encanado en Devoto, a mitad de camino entre la psicosis y la muerte, noche y niebla para los jóvenes revolucionarios, montón de recuerdos sin emociones a esta altura del partido, estoy famélico, cocinaré un guiso con carne de conejo, ¡epa!, no me puedo mover, ¡me crujen las cuadernas!, todo gira, Fito, gira gira... mariposa tecnicolor... ¡bip bip bip biiiiip!, tengo una falla en el sistema... nada mejora, todo empeora, inconfesable corolario de las leyes de la termodinámica... la mujer de la otra orilla me escribía a menudo, que la realidad no toque nuestro amor me aconsejaba, era elegante su estilo, una luz en mis tinieblas de naufrago vital... que la realidad no te malogre un buen sueño... ¡qué sarcasmo!, todo pasa, inclusive el horror de las pesadillas, ¿vité?, me dio sueño, ¡qué suavcito!, ¿no será mucho bienestar para un pobre?, el piso parece un colchón, a lo mejor llegué a mi casa sin darme cuenta, teletransportado como en *Viaje a las estrellas*, boludeces, se está tan bien así, la vida ya no me incomoda, me taparé con la frazada, creo que va a nevar, el espectro de Fraunhofer es lo más cerca de una estrella que podemos estar, travesía impracticable hasta tanto no se fragmente Pangea, ¡grande Wegener!, no encuentro la frazada, ya no me duele la pierna, en verdad ya no me duele nada, por fin estoy contento, ¿cuántas me tomé?, hagamos memoria, cien... ciento... cientoveinti... siete... sí, ¡eso justamente!, ¡cientoveintisiete!, que es un número primo, por supuesto, son bellos los números primos, Amelia quería cambiar el mundo, ella era bella, yo sólo buscaba un lugar donde guarecerme de la intemperie, provisorio, es obvio, si somos nómadas, ¡me salió pareado!, ¡lindo!, también la dama de la otra orilla, porteña de ensueño, ¡qué frase cursi che!, anhelaba poco, lo fundamental para no morir a la intemperie, como un perrito de la calle, ambicionábamos amarnos indefinidamente, y ya puestos a soñar, también albergábamos la ilusión de derrotar a la intemperie, ¡ja!, ¡casi nada!... pero nuestro conato de rebelión fue sofocado por las fuerzas de la burguesía... ¿dónde puse la frazada?, ¡devuélvanme mi cobija carajo!, ¿de dónde

proviene la electricidad?, si bien Batichica estuvo en un tris de saberlo es un misterio todavía, otros lo resolverán seguramente, así trabaja la ciencia, sobre hombros de gigantes, ya no quedan tiktaaliks en las aguas someras del páramo, no somos nada, pero ya estaba olvidando la cuestión principal, ¡jea!, vayamos al punto entonces, al cóctel feliz más bien, amitriptilina... clonazepam... carbamazepina... grifoclobam, también tomé otro, no recuerdo cómo se llama, empieza con ele, estoy viejo, el alemán me está venciendo de a poco, como en el sitio de Leningrado, mas con esta pócima maravillosa saldré del páramo, ¡ya veréis, hombres de poca fe!... ¡dentro de algunos minutos no seré más un desterrado!... este bálsamo de Fierabrás mitigará todos mis pesares... la mujer de la otra orilla me escribió hace unos días, cuando todavía no venteaba tan fuerte, quería verme para mostrarme unas geodésicas o algo parecido, veamos... en efecto, la precesión del perihelio de Mercurio debido a la proximidad del Sol constituye una demostración cabal de... de... ¿de qué?, ¡ah!, necesitaba un par de coordenadas pero se me rompió la brújula a porrazos, la mecánica newtoniana no podía dar razón de ello, evidente ahora, imposible fabricar más botellas de arcilla, Houston, tenemos un problema, servidor de chat caído, las aventuras de Nauf y Batichica, ella las escribió y es bastante probable que también ella las haya protagonizado, asimismo la curvatura de la luz, la mujer de la otra orilla transformaba la masa en energía, como las estrellas, es que la ciencia es lo más humano que hay, luminosa como el fuego de San Telmo en la cumbre de mis mástiles después de la borrasca... arrecia el temporal a raíz del cambio climático se mojará la leña, ¿dónde se escondió la corriente oceánica?, ¡qué quilombo!, el próximo invierno tendrán dificultades para calefaccionarse, ¡qué pena!, si pudiera llegarme hasta la leñera... por mi culpa tendrán frío, aunque yo no perdono... porque no condeno... sólo estas cuatro paredes me contienen, ¡cuánta indignancia afectiva!... estábamos menos solos en Laetoli... ¿quién habitó esta casa?, ¿el viejo Einstein o el joven manos de tijeras?, ¡pamplinas nomás!, para lo que me sirve saberlo, es demasiado tarde, se reventó el pañol, el serrucho quedó en la sentina, no me den más leña, por favor, ¡vade retro, ecólatras geotérmicos!, no vomitaré, no lo haré nunca más, se lo prometo, señorita, me tomé un antihistamínico, si en vez de leña hubiese tenido madera como para construir una balsa... hoy otro Asclepio me cantarí, las cosas hay que hacerlas bien, viejo cachuzo, que al menos esta vez no fracasés, fallé en todo, al menos esta vez que no... ni

el tiro del final... no... ¡no!... no me gustó el vodka, prefiero ginebra sin intemperie y con frazada, yo solamente quería tomar mate a la sombra del *árbol calamar*, y también comer un plato de guiso de lentejas con salsa de tomates, ligeramente dulce, con cáscara de naranja, como me lo cebaba mi mamá, mi vieja también murió, todos se murieron, ya nadie vive en *Baker Street*, ni el capitán Kirk, sobreviviente de la gran masacre de Tarsus IV, ¡el mismísimo capitán de la nave estelar *Enterprise NCC-1701!*, se me hace... cuesta arriba... aceptar... lo... todos convertidos en sistemas cerrados, no somos nada... el último que apague la luz... y el computador... y... *De Rerum Natura*...

$$\Delta S \geq \frac{Q}{T}$$

**EOF**

\*\*\*